Antoine de Saint-Exupéry

EL PEQUEÑO PRÍNCIPE

Traducción: Javier Coca Senande

A Léon Werth

Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona mayor. Tengo una excusa muy seria: esa persona mayor es el mejor amigo que he tenido en el mundo. Tengo otra excusa más: esa persona mayor puede comprenderlo todo, incluso los libros para niños. Tengo una tercera excusa: esa persona mayor vive en Francia, donde pasa hambre y frío. Necesita de verdad que la consuelen. Si todas estas excusas no son suficientes, quiero dedicar este libro al niño que fue esa persona antes de hacerse mayor. Todas las personas mayores al principio fueron niños. (Pero pocos se acuerdan). Corrijo, pues, la dedicatoria:

A Léon Werth
cuando era un muchacho.

I

Una vez, cuando tenía seis años, vi una magnífica estampa en un libro sobre la selva virgen que se llamaba *Historias verdaderas*. Representaba una serpiente boa que se tragaba un gran felino. Esta es la copia del dibujo:

En el libro decía: «Las serpientes boas se tragan sus presas enteras, sin masticarlas. Luego no pueden ni moverse y se pasan dormidas los seis meses de la digestión».

Mucho pensé por entonces en las aventuras de la jungla, y además, con ayuda de un lápiz de color, conseguí terminar mi primer dibujo. Mi dibujo número uno. Que era así:

Enseñé mi obra maestra a las personas mayores y les pregunté si el dibujo les daba miedo.

Todos me contestaron: «¿Y por qué iba a dar miedo un sombrero?»

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una boa que digería un elefante. Entonces dibujé el interior de la serpiente para que las personas mayores pudiesen entenderlo. Siempre necesitan explicaciones. Mi dibujo número dos era así:

Las personas mayores me aconsejaron que olvidara los dibujos de serpientes boas abiertas o cerradas, y que me aplicase más bien a la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. Y así fue como abandoné, a la edad de seis años, una magnífica carrera de pintor. Los fracasos de mi dibujo número uno y de mi dibujo número dos me habían desanimado. Las personas mayores nunca entienden nada solas y resulta agotador para los niños darles tantas explicaciones.

Así que tuve que escoger otro oficio y aprendí a pilotar aviones. Volé por todo el mundo. La verdad es que la geografía me ayudó bastante. Podía distinguir a primera vista China de Arizona. Una cosa muy útil si te extravías por la noche.

En el transcurso de mi vida he tenido un montón de relaciones con un montón de gente seria. He vivido mucho con las personas mayores. Las he visto muy de cerca. Y eso no ha mejorado mi opinión.

Cuando encontraba a una que me parecía más lúcida, le hacía el experimento del dibujo número uno, que siempre llevo encima. Quería saber si esa persona era capaz de comprender. Pero siempre me respondía: «Es un sombrero.» Entonces ya no le hablaba de serpientes boas, ni de selvas vírgenes, ni de estrellas. Me ponía a su nivel y le hablaba de bridge, de golf, de política y de corbatas. Y la persona mayor se alegraba mucho de haber conocido a un hombre tan sensato…

II

De manera que viví solo, sin nadie con quien hablar de verdad, hasta lo de la avería en el desierto del Sahara, hace ahora seis años. El motor tenía algo roto. Y como no llevaba mecánico ni pasajeros, me dispuse a intentar por mi cuenta una reparación muy complicada. Era cuestión de vida o muerte. Apenas me quedaba agua para ocho días.

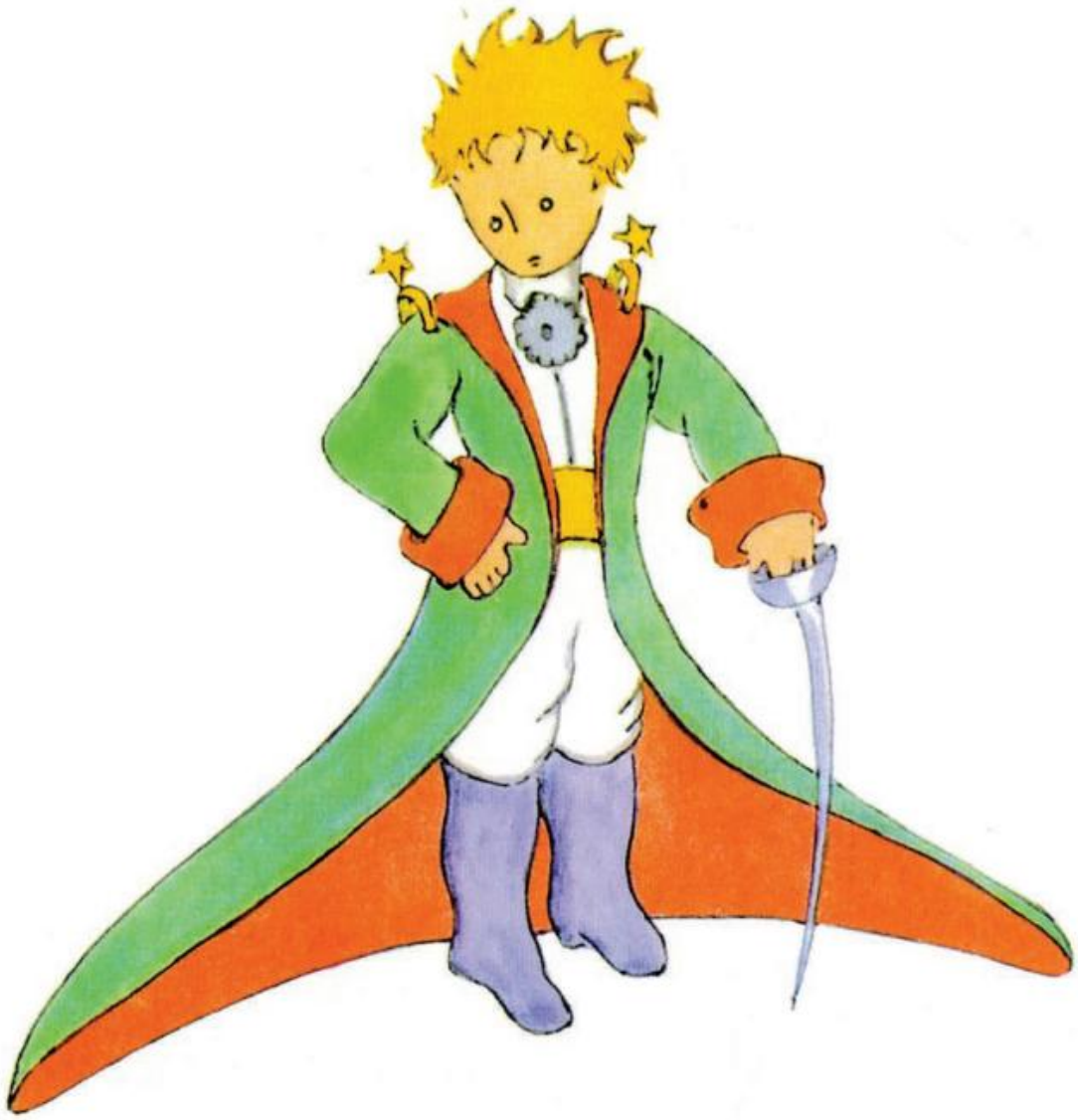
La primera noche la pasé en el suelo, a mil millas de la tierra habitada más cercana. Me encontraba más aislado que un náufrago con una balsa en mitad del océano. Así que imaginaos mi sorpresa cuando, al amanecer, una curiosa vocecita me despertó diciendo:

—Por favor… ¡dibújame un cordero!

—¿Eh?

—Dibújame un cordero…

Me levanté de un brinco, como impulsado por un rayo. Me restregué los ojos. Miré con atención. Y vi una extraordinaria criatura que me observaba con mucha gravedad.



Este es el mejor retrato que, más tarde, conseguí hacerle.

Este es el mejor retrato que, más tarde, conseguí hacerle. Pero claro está que mi dibujo es menos fascinante que el modelo. No es culpa mía. Las personas mayores me hicieron desistir de mi carrera artística a la edad de seis años, cuando no había aprendido a dibujar gran cosa, excepto boas cerradas y boas abiertas.

Yo miraba semejante aparición con los ojos como platos. No olvidéis que me encontraba a mil millas de la tierra habitada más cercana. Ahora bien, aquella criatura no me parecía extraviada, ni muerta de cansancio, ni muerta de hambre, ni muerta de sed, ni muerta de miedo. De ningún modo tenía la apariencia de un muchacho perdido en el desierto, a mil millas de cualquier región habitada. Cuando acerté a decir algo, le pregunté:

—Pero… ¿qué haces tú aquí?

Y él me repitió muy cortésmente, como si se tratase de algo trascendental:

—Por favor… dibújame un cordero…

Cuando un misterio nos sobrecoge, no nos atrevemos a desobedecer. Por absurdo que me pareciese, a mil millas de cualquier lugar habitado y en peligro de muerte, saqué del

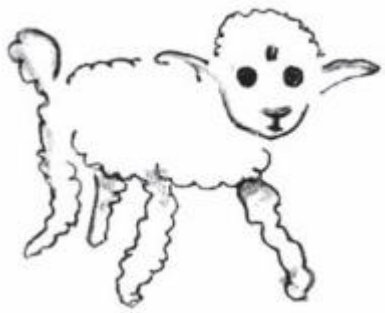
bolsillo una hoja de papel y una estilográfica. Pero recordé de pronto que yo había estudiado sobre todo geografía, historia, cálculo y gramática; así que (con algo de mal humor) le confesé al muchacho que yo no sabía dibujar. Me respondió:

—No importa. Dibújame un cordero.

Como nunca había dibujado un cordero, le hice uno de los dos dibujos de los que yo era capaz. El de la boa cerrada. Me quedé estupefacto al escuchar que el muchacho respondía:

—¡No! ¡No! No quiero un elefante metido en una boa. Una boa es muy peligrosa, y un elefante abulta demasiado. El planeta donde vivo es muy pequeño. Necesito un cordero. Dibújame un cordero.

Me puse a dibujarlo.



Observó con atención y, cuando hube terminado, dijo:

—¡No! Este está muy enfermo. Hazme otro.

Seguí dibujando:

Mi amigo sonrío educadamente y, con indulgencia, declaró:

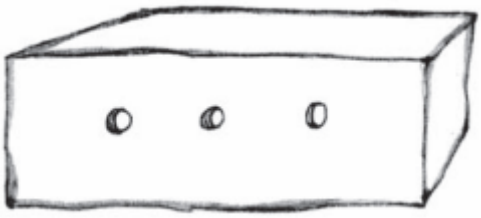
—Pero mira… esto no es un cordero, es un carnero. Tiene cuernos…

Rehice otra vez el dibujo:

Pero fue rechazado igual que los anteriores:

—Ese es demasiado viejo. Quiero un cordero que viva muchos años.

Entonces, perdida la paciencia, pues quería ponerme de una vez a desmontar el motor, garabateé este dibujo:



Y le solté:

—Esto es la caja. El cordero que quieres está dentro.

Quedé muy sorprendido al ver cómo se iluminaba la cara de mi joven juez:

—¡Es precisamente así como yo lo quería! ¿Crees que necesitará mucha hierba?

—¿Por qué?

—Porque el planeta donde vivo es muy pequeño…

—Seguro que bastará. El cordero que te he dado también es muy pequeño.

Estiró la cabeza para ver el dibujo:

—No tanto, no tanto… ¡Anda! Si se ha dormido…

Y así fue como conocí al pequeño príncipe.

III

Necesité bastante tiempo para comprender de dónde venía. El príncipe me hacía muchas preguntas, pero al parecer no escuchaba las mías. Fueron unas cuantas palabras dichas al azar las que, poco a poco, me lo revelaron todo. Cuando se fijó por primera vez en mi avión (no dibujaré el avión, es un dibujo demasiado complicado para mí), me preguntó:

—Pero… ¿qué cosa es esa?

—Eso no es una cosa. Eso vuela. Es un avión. Mi avión.

Me enorgullecí al decirle que volaba. Entonces exclamó:

—¡Vaya! ¡Has caído del cielo!

—Sí –repliqué modestamente.

—¡Anda! ¡Qué divertido!…

Y el príncipe soltó una carcajada que me irritó bastante. Me gusta que se tomen en serio mis desgracias. Luego añadió:

—O sea que tú también vienes del cielo. ¿De qué planeta eres?

De pronto, vislumbré algo de luz en el misterio de su llegada y le pregunté bruscamente:

—¿Así que vienes de otro planeta?

Pero no respondió. Meneaba suavemente la cabeza mientras miraba mi avión:

—La verdad es que montado ahí arriba no puedes venir de muy lejos…

Y se sumió en una ensoñación que duró largo rato. Luego, sacando el cordero del bolsillo, se ensimismó en la contemplación de su tesoro.

Imaginaos la curiosidad que me provocó esa revelación a medias sobre «los otros planetas». Así que me esforcé por saber algo más:

—¿De dónde vienes, muchacho? ¿Cuál es el planeta «donde vives»? ¿Dónde quieres llevarte mi cordero?

Después de meditarlo un poco, me respondió:

—Lo mejor de la caja que me has dado es que por la noche le servirá de casa.

—Claro que sí. Y, si eres bueno, te daré también una cuerda para atarlo de día. Y una estaca.

Al príncipe, mi propuesta le pareció sorprendente:

—¿Atarlo? ¡Qué idea más rara!

—Pero si no lo atas, se irá a cualquier parte y se perderá.

Y mi amigo soltó otra carcajada:

—¿Y adónde quieres que vaya?

—A cualquier parte. En línea recta…

Entonces, el pequeño príncipe repuso muy serio:

—No vale la pena, el planeta donde vivo es muy pequeño.

Y tal vez con algo de melancolía, añadió:

— «En línea recta» no se puede ir muy lejos…

El principito en el asteroide B 612.

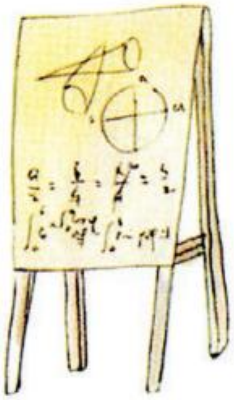
IV

Así aprendí una segunda cosa muy importante: que su planeta nativo era apenas más grande que una casa.

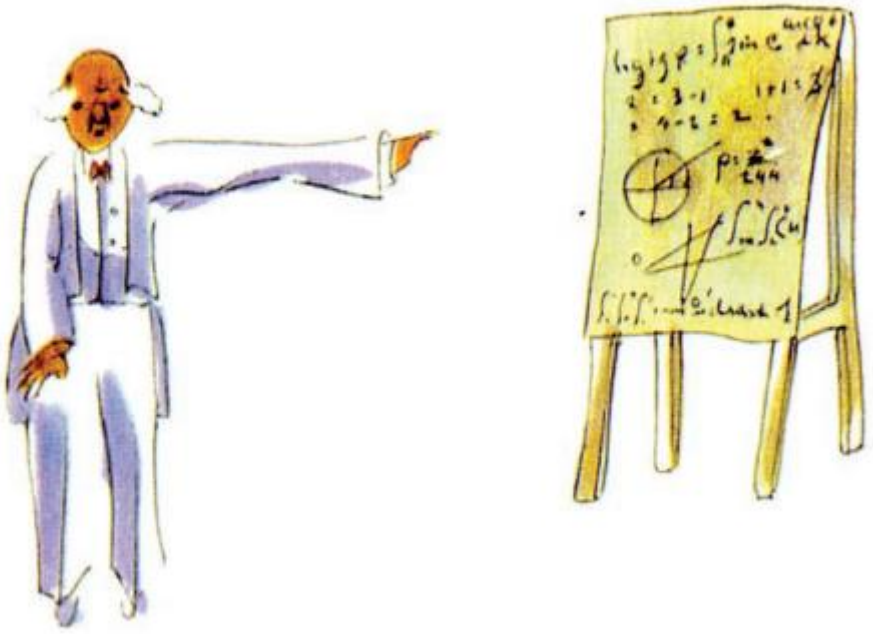
No era para sorprenderse demasiado. Bien sabía yo que, aparte de los grandes planetas como la Tierra, Júpiter, Marte o Venus, a los que se les ha puesto nombre, hay centenares de ellos que a veces son tan pequeños que cuesta trabajo verlos al telescopio. Cuando un astrónomo descubre uno así, le pone un número en lugar de un nombre. Lo llama, por ejemplo: «El asteroide 325».

Tengo buenas razones para pensar que el planeta de donde venía el pequeño príncipe es el asteroide B 612. Un asteroide que en 1909 fue visto al telescopio por un astrónomo turco que, por esas fechas, hizo una brillante exposición de su descubrimiento en un congreso internacional de astronomía. Pero nadie le creyó por culpa de su atuendo. Las personas mayores son así.

Afortunadamente para la reputación del asteroide B 612, un dictador turco impuso a su pueblo, bajo pena de muerte, vestirse a la europea. El astrónomo repitió su demostración en 1920, con un traje muy elegante. En aquella ocasión todos fueron de su parecer.



Si os cuento tantos detalles sobre el asteroide B 612, además de confiaros su número, es por culpa de las personas mayores. A las personas mayores les encantan las cifras. Si les habláis de un amigo nuevo, jamás preguntarán por lo esencial.



Ellos no dicen nunca: «¿Cómo suena su voz? ¿Cuáles son sus juegos preferidos? ¿Colecciona mariposas?» Ellos lo que preguntan es: «¿Cuántos años tiene? ¿Cuántos hermanos tiene? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto gana su padre?» Y con eso creen que lo conocen. Si les decís a las personas mayores: «He visto una bonita casa de ladrillos rojos, con geranios en las ventanas y palomas en el tejado…», no

consiguen imaginarse la casa. Hay que decirles: «He visto una casa de cien mil francos.» Entonces, exclaman: «¡Qué bonita!» De manera que si les decís: «La prueba de que existió el pequeño príncipe es que era fascinante, que se reía a menudo y que quería un cordero. Si alguien quiere un cordero, eso prueba que existe…», se encogerán de hombros y os dirán que sois unos críos. Pero si les decís: «El planeta de donde venía es el asteroide B 612…», quedarán convencidos y os dejarán en paz con sus preguntas. Son así. No hay que reprochárselo. Los niños tienen que ser indulgentes con las personas mayores.

Pero nosotros, que sabemos lo que es la vida, nos reímos mucho de los números. Me hubiese gustado empezar esta historia al estilo de los cuentos de hadas. Me hubiese gustado decir:

«Érase una vez un principito que vivía en un planeta apenas más grande que él, y que necesitaba un amigo…» Para los que saben lo que es la vida eso hubiese parecido más cierto.

Porque no quiero que mi libro se lea a la ligera. Siento mucha nostalgia al contar estos recuerdos. Hace ahora seis

años que mi amigo se marchó con su cordero. Si trato de describirlo aquí es para no olvidarlo. Es triste olvidar a un amigo. No todo el mundo ha tenido uno. Además, puedo convertirme en una de esas personas mayores que solo se interesan por las cifras. Y precisamente por eso también he comprado lápices y una caja de pinturas. No es fácil ponerse a dibujar de nuevo, a mi edad, cuando las únicas tentativas anteriores fueron una boa cerrada y una boa abierta, a la edad de seis años. Trataré, claro está, de hacer unos retratos lo más parecidos posible. Pero no estoy muy seguro de acertar. Un dibujo funciona y el siguiente ya no guarda parecido. Además, me equivoco con el tamaño. En este, el príncipe es demasiado grande. En aquel, demasiado pequeño. Dudo también del color de su ropa. De modo que lo intento así o asá, como buenamente puedo. Pero seguro que también me equivoco en detalles más importantes. Me lo tendréis que perdonar. Mi amigo nunca daba explicaciones. Lo mismo se pensaba que yo era igual que él. Pero desgraciadamente yo no puedo ver corderos a través de una caja. Tal vez me parezco un poco a las personas mayores. Creo que he envejecido.

V

Todos los días aprendía algo nuevo acerca del planeta, de la partida, del viaje. Las noticias llegaban poco a poco, al hilo de nuestras reflexiones. Así me enteré, al tercer día, del drama de los baobabs.

Una vez más fue gracias al cordero, pues el príncipe, como si lo asaltase una gran duda, me preguntó:

—Los corderos comen arbustos… ¿No es verdad?

—Sí, es verdad.

—¡Cuánto me alegro!

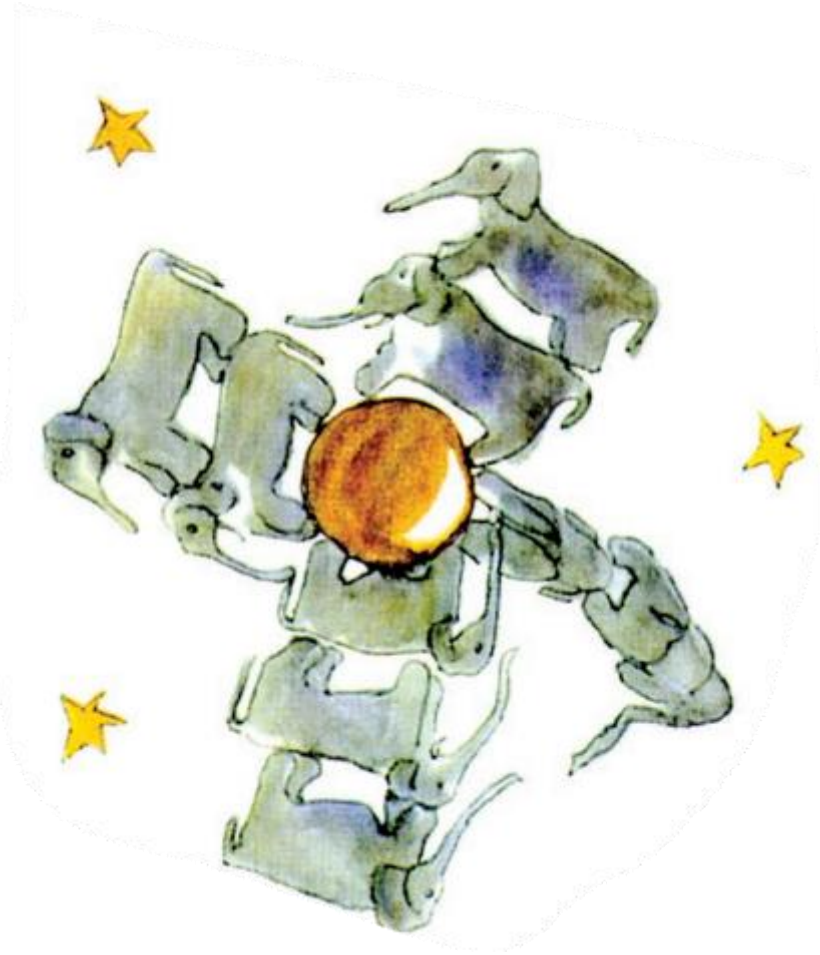
No comprendí por qué era tan importante que los corderos comiesen arbustos. Pero el príncipe añadió:

—Y por lo tanto, también comerán baobabs?

Hice saber al príncipe que los baobabs no son arbustos, sino árboles tan grandes como catedrales, y que, aunque se llevara un rebaño de elefantes, ese rebaño no sería capaz de comerse un solo baobab.

La idea del rebaño de elefantes le hizo reír:

—Habría que ponerlos unos encima de otros…



Pero entonces advirtió con sensatez:

—Los baobabs, antes de hacerse grandes, son pequeños.

—¡Exacto! Pero… ¿por qué quieres que tus corderos se coman los baobabs pequeñitos?

Él me respondió: «¡Pero no lo ves!», como si se tratase de algo evidente; aunque yo tuve que hacer un gran esfuerzo de comprensión para entender el problema por mí mismo.

Y es que en el planeta del príncipe crecían, como en todos los planetas, buenas hierbas y malas hierbas. Y en

consecuencia, buenas semillas de buenas hierbas y malas semillas de malas hierbas. Pero las semillas son invisibles. Duermen en el seno de la tierra hasta que a una se le antoja despertar. Entonces, se despereza poco a poco y muestra tímidamente al sol un fascinante tallo inofensivo. Si se trata de un tallito de rábano o de rosal, se puede dejar que crezca a sus anchas. Pero si se trata de una planta mala, hay que arrancarla enseguida, nada más reconocerla. Pues bien, había unas semillas terribles en el planeta del príncipe… eran las semillas de baobab. El suelo del planeta estaba plagado de ellas. Y en el caso de un baobab, si llegas tarde ya no puedes deshacerte de él. Ocupa el planeta entero. Lo perfora con sus raíces. Y si el planeta es demasiado pequeño y los baobabs demasiado numerosos lo hacen reventar.

«Es cuestión de disciplina —me dijo luego el príncipe—. Por la mañana, al terminar con el aseo personal, hay que asear el planeta con esmero. Y obligarse a arrancar los baobabs uno por uno en cuanto se los distingue de los rosales, a los que se parecen mucho cuando son tiernos. Es un trabajo aburrido, pero muy fácil.»

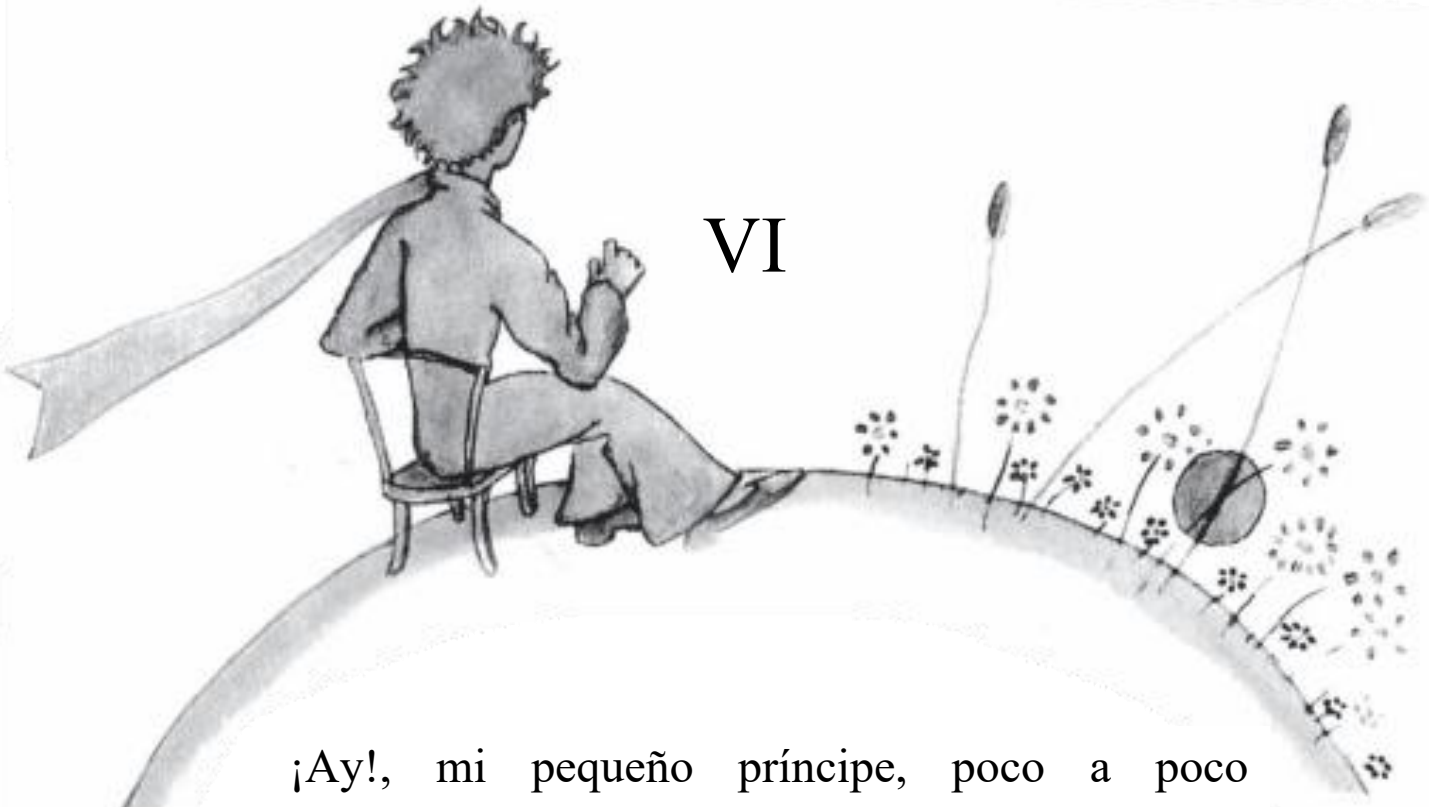
Y un día me aconsejó que me aplicase a hacer un buen dibujo para que eso les entrase en la cabeza a los muchachos de mi planeta. «Si algún día viajan —me decía—, puede que les sea útil. Algunas veces no hay inconveniente en dejar una tarea para más adelante. Pero tratándose de baobabs eso es una catástrofe. Yo conocí un planeta habitado por un perezoso que se descuidó con tres arbustos…»

Y dibujé aquel planeta siguiendo las indicaciones del príncipe. Nunca me ha gustado parecer un moralista. Pero la amenaza de los baobabs es tan poco conocida, y el peligro

que correría quien se extraviase en un asteroide es tan considerable, que olvidé por una vez esa reserva, y dije:

«¡Niños! ¡Cuidado con los baobabs!» Y precisamente para advertir a mis amigos de un peligro que hace tiempo que les ronda lo mismo que a mí, sin que nos demos cuenta de ello, me esforcé mucho con este dibujo. La lección que les daba merecía la pena. Pero quizá os preguntéis: ¿Por qué no hay en el libro otros dibujos tan grandiosos como el de los baobabs? La respuesta es sencilla: lo he intentado, pero no me han salido. Cuando dibujé los baobabs me vi impulsado por un deber ineludible.

Los baobabs.



VI

¡Ay!, mi pequeño príncipe, poco a poco comprendí tu pequeña y triste vida. Durante mucho tiempo no tuviste otra distracción que la belleza de las puestas de sol. Me di cuenta de ese nuevo detalle el cuarto día por la mañana, cuando dijiste:

—Me encantan las puestas de sol. Vamos a ver una puesta de sol…

—Pero habrá que esperar…

—¿Esperar a qué?

—Pues a que el sol se ponga.

Al principio te mostraste sorprendido, pero luego te reíste de ti mismo. Y dijiste:

—¡Siempre me creo que estoy en casa!

En efecto, cuando es mediodía en Estados Unidos, el sol, como todo el mundo sabe, se pone sobre Francia. Bastaría con poder ir a Francia en un minuto para contemplar la puesta de sol. Desgraciadamente, Francia está mucho más lejos. Pero en tu planeta diminuto te bastaba con mover la silla unos cuantos pasos. Y mirar el crepúsculo cuando se te antojaba…

—Un día, vi ponerse el sol ¡cuarenta y cuatro veces!

Y, al cabo de un rato, añadías:

—Sabes… cuando se está muy triste… las puestas de sol gustan mucho…

—El día de las cuarenta y cuatro veces ¿estabas de verdad tan triste?

Pero el pequeño príncipe nada respondió.

VII

El quinto día, y como siempre gracias al cordero, me fue revelado este secreto de la vida del príncipe. Me preguntó de sopetón, sin preámbulo ni nada, como si fuese el resultado de un problema largamente meditado en silencio:

—Si un cordero come arbustos… ¿se come también las flores?

—Un cordero se come todo lo que encuentra.

—¿Hasta las flores que tienen espinas?

—Sí. Hasta las flores que tienen espinas.

—Entonces, las espinas… ¿para qué sirven?

Ni idea. Estaba muy ocupado tratando de aflojar un perno del motor de mi avión. Estaba inquieto porque la avería empezaba a parecerme verdaderamente grave; además, el agua se agotaba y me hacía temer lo peor.

—Las espinas… ¿para qué sirven?

Una vez que formulaba una pregunta, el príncipe jamás renunciaba a ella. Yo estaba enfadado por el dichoso perno y contesté lo primero que se me ocurrió:

—Las espinas no sirven para nada. Son pura maldad por parte de las flores.

—¡Oh!

Pero al cabo de un rato, me replicó con amargura:

—¡No te creo! Las flores son débiles. Son ingenuas y se tranquilizan como pueden. Se creen terribles con sus espinas…

Nada respondí. En esos momentos me decía a mí mismo: «Si el perno se resiste, lo haré saltar de un martillazo.» El príncipe perturbó de nuevo mi reflexión:

—O sea, que tú crees que las flores…

—¡No! ¡No! Yo no creo nada. Lo dije por decir algo. ¡Yo me ocupo de cosas serias!

Me miró estupefacto.

—¡De cosas serias!

Él me observaba mientras yo, con el martillo en la mano y los dedos manchados de aceite, me asomaba a ese artilugio que le parecía tan feo.

—¡Hablas igual que las personas mayores!

Me sentí un poco avergonzado. Pero sin apiadarse de mí, el príncipe añadió:

—¡Lo confundes todo!… ¡Lo embarullas todo!

Estaba enfadado de veras. Meneaba la cabeza y sus rubios cabellos se agitaban al viento:

—Conozco un planeta donde hay un señor de color carmesí. No ha aspirado jamás el aroma de una flor. No ha mirado una estrella. No ha querido a nadie. No ha hecho nada más que sumas. Y se pasa repitiendo todo el día, lo mismo que tú: «¡Soy un hombre serio! ¡Soy un hombre serio!», e inflándose de orgullo. Pero eso no es un hombre, ¡eso es un hongo!

—¿Un qué?

—¡Un hongo!

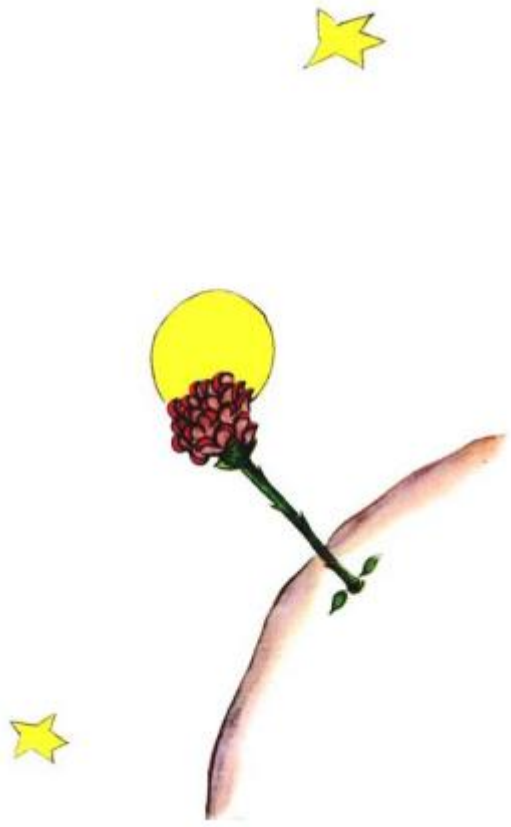
El príncipe se había puesto pálido de cólera.

—Hace millones de años que las flores fabrican espinas. Hace millones de años que los corderos, con todo y con eso, se comen las flores. ¿Y no es algo serio intentar comprender por qué se toman tantas molestias en fabricar unas espinas que no sirven de nada? ¿No es importante la guerra entre los corderos y las flores? ¿No es más serio y más importante que las sumas de un gordo señor colorado? Y si conozco una flor única en el mundo, que no existe en ningún otro

sitio salvo en mi planeta, a la que cualquier cordero puede aniquilar una buena mañana, como quien no quiere la cosa, sin darse cuenta de lo que está haciendo, ¡no va a ser importante!

Y, ruborizándose, volvió a la carga:

—Si alguien quiere a una flor de la que solo existe un ejemplar entre los millones y millones de estrellas, basta con eso para que sea feliz cuando las mire. Cuando se diga: «Mi flor está en una de ellas…» Pero si el cordero se come la flor, para ese alguien es como si de pronto se le apagasen todas las estrellas. ¡No va a ser importante!



No pudo continuar. Estalló bruscamente en sollozos. La noche había llegado. Dejé las herramientas. Me importaba un pimiento el martillo, y el motor, y la sed, y la muerte. En una estrella, en un planeta, en mi planeta Tierra, había un pequeño príncipe que necesitaba consuelo. Lo tomé en mis brazos. Lo acuné, diciéndole: «La flor a la que quieres no corre peligro… Le dibujaré un bozal al cordero… Te dibujaré una coraza para la flor… Te…» No sabía qué decir. Me sentía torpe. No sabía cómo llegar a él, dónde encontrarlo… ¡Qué misteriosa es la región de las lágrimas!

VIII

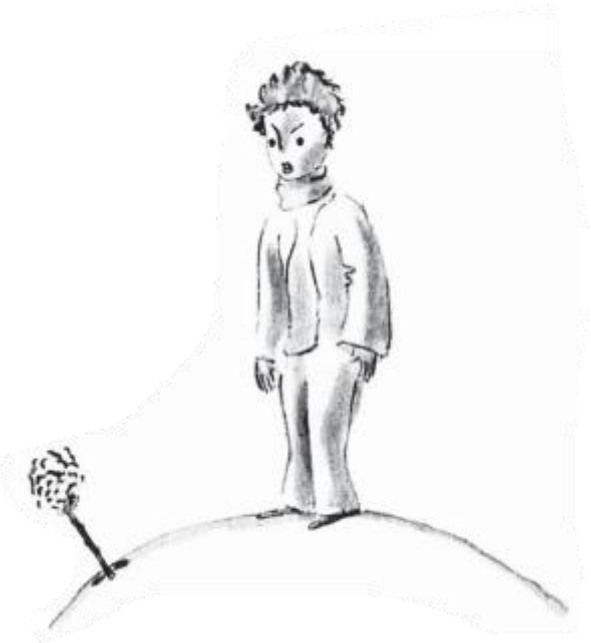
Enseguida aprendí más cosas de esa flor. En el planeta del príncipe siempre hubo unas flores muy sencillas, provistas de una hilera de pétalos; ocupaban poco sitio y no molestaban a nadie. Una buena mañana aparecían en la hierba y se apagaban por la tarde. Pero aquella germinó un día, de una semilla venida de no se sabe dónde, y el príncipe vigiló de cerca ese tallito que no se parecía a los demás. Tal vez fuese un nuevo tipo de baobab. Pero el arbusto dejó pronto de crecer y se puso a gestar una flor. El príncipe, al presenciar la formación del enorme pimpollo, sentía que de este surgiría una milagrosa aparición, pero al abrigo de su verde envoltura, la flor no terminaba de hermosearse. Escogía los colores con cuidado. Se vestía despacio y se ceñía los pétalos uno por uno. No quería salir arrugada como las amapolas. Quería aparecer en el esplendor de su belleza. ¡Ah!, sí. ¡Era muy presumida! Su misterioso aliño duró un montón de días. Y luego, una mañana, justo al salir el sol, se mostró de repente.

Y, aunque había trabajado con tantísimo rigor, dijo bostezando:

—¡Ay! Acabo de despertarme… Perdóname… Aún no me he peinado…

El príncipe no pudo ocultar su admiración:

—¡Eres muy hermosa!



—¿A que sí? —Respondió suavemente la flor—. Además, he nacido al mismo tiempo que el sol…

El príncipe se dio cuenta de que no era lo que se dice modesta, pero sí conmovedora.

—Creo que es la hora del desayuno —añadió ella de pronto—. ¿Tendrías la bondad de ocuparte de mí?…

Y el príncipe, algo aturdido, se fue a buscar una regadera de agua fresca y sirvió a la flor.

Y así lo atormentó desde el principio, con esa vanidad un tanto recelosa. Un día, por ejemplo, hablando de sus cuatro espinas le dijo al príncipe:

—¡Por mí pueden venir los tigres con sus garras!

—No hay tigres en mi planeta —repuso el príncipe—. Además, los tigres no comen hierba.

—Yo no soy una hierba, respondió cortésmente la flor.

—Discúlpame…

—No me dan ningún miedo los tigres, pero les tengo horror a las corrientes de aire. ¿No tendrás por ahí un biombo?

«Horror a las corrientes de aire… eso es fatal para una planta —pensó el príncipe—. Esta flor es muy complicada…»

—Por la tarde, me pondrás bajo un fanal. Aquí hace mucho frío. No se está a gusto. Allá de donde yo vengo…

Pero se interrumpió de golpe. Como había venido en forma de semilla, no podía saber nada de otros mundos. Abochornada por dejarse cazar con una mentira tan tonta, tosió dos o tres veces y, para pillarlo en falta, le preguntó:

—¿Y el biombo?…

—Iba a buscarlo, pero me estabas hablando.

Entonces tosió más fuerte para darle por lo menos algún remordimiento.

De manera que el príncipe, a pesar de que su amor era sincero, dudó enseguida de ella. Se tomó en serio unas palabras sin importancia y fue muy desgraciado.

«No tendría que haberla escuchado —me confesó un día—, no hay que escuchar nunca a las flores. Hay que mirarlas y aspirar su aroma. La mía perfumaba mi planeta,

pero yo no podía disfrutarlo. Esa historia de las garras, que tanto me molestó, tendría que haberme dado pena…»

Y, luego, me confesó:

«¡No entendí nada! Debí juzgarla por sus actos y no por sus palabras. Ella me perfumaba y me alumbraba. ¡Yo no tendría que haberme escapado! Tendría que haber visto la ternura que escondían sus pobres argucias. ¡Qué contradictorias son las flores! Pero yo era muy joven para saber amarla.»

IX

Creo que para escaparse aprovechó una migración de aves silvestres. La mañana de la partida puso su planeta en orden. Deshollinó con cuidado los volcanes activos. Tenía dos volcanes activos, lo cual era muy cómodo para calentar el desayuno. Tenía, además, un volcán apagado. Pero como él mismo decía: «¡Nunca se sabe!» De manera que también deshollinó el volcán apagado. Si están bien deshollinados, los volcanes arden suave y regularmente, sin erupciones. Las erupciones volcánicas son como incendios en la chimenea. Ahora bien, en esta Tierra nuestra somos demasiado pequeñitos como para deshollinar los volcanes. Y por eso nos dan tantos problemas.

El príncipe, con algo de tristeza, arrancó también los últimos brotes de baobab. Pensaba que no iba a volver. Pero esas tareas rutinarias le parecieron sumamente agradables aquella mañana. Y cuando regó la flor por última vez, cuando se dispuso a protegerla con el fanal, se dio cuenta de que tenía ganas de llorar.

—Adiós —le dijo a la flor—.

Pero la flor no respondió.

—Adiós —repitió—.

La flor tosió un poquito. Pero no era por culpa del catarro.

—Que tonta he sido —dijo después—. Te pido perdón. Procura ser feliz.

Al príncipe le sorprendió la ausencia de reproches. Estaba allí plantado con el fanal en alto, sin poder entender aquella suave calma.

—Pues claro que te quiero —le dijo la flor—. Y por mi culpa, tú nunca lo has sabido. No tiene importancia. Pero has sido tan tonto como yo. Procura ser feliz… Deja el fanal tranquilo, ya no lo quiero.

—Pero el viento…

—En realidad no estoy tan acatarrada… Me hará bien el aire fresco de la noche. Soy una flor.

—Pero las fieras…

—Si quiero conocer las mariposas, tendré que soportar un par de orugas. Dicen que son una hermosura. ¿Si no, quién vendrá a verme? Tú estarás muy lejos. En lo que a las fieras grandes se refiere, no hay nada que temer. Cuento con mis garras.

Y mostraba ingenuamente las cuatro espinas. Luego añadió:

—No te entretengas tanto, que me pones nerviosa. Si has decidido irte, vete ya.

Lo que pasaba es que no quería que la viese llorar. Era una flor muy orgullosa…

Deshollinó con cuidado los volcanes activos.

X

Se encontraba en la región de los asteroides 325, 326, 327, 328, 329 y 330, de modo que se puso a visitarlos para buscar una ocupación y para instruirse.

El primero estaba habitado por un rey que, vestido de púrpura y armiño, se sentaba en un trono sencillo, pero majestuoso al mismo tiempo.

—¡Vaya! ¡Aquí tenemos un súbdito! —exclamó el rey cuando vio al príncipe—.

Y el príncipe se preguntó:

—¿Cómo puede reconocerme si no me ha visto nunca?

Ignoraba que para los reyes el mundo está muy simplificado. Todos los hombres son súbditos.

—Acércate que te vea mejor —le dijo el rey, muy ufano de poder ser rey de alguien—.

El príncipe buscó donde sentarse, pero el planeta estaba completamente cubierto por el magnífico manto de armiño. De manera que se quedó de pie y, como estaba cansado, bostezó.

—Va contra la etiqueta bostezar en presencia de un rey —le dijo el monarca—. Te lo prohíbo.

—No puedo evitarlo —respondió el príncipe avergonzado—. He hecho un largo viaje y no he dormido…

—Entonces —dijo el rey— te ordeno bostezar. Hace años que no veo bostezar a nadie. Los bostezos me resultan muy curiosos. ¡Vamos! Bosteza de nuevo. Es una orden.

—Me da vergüenza… no puedo seguir… —replicó el príncipe poniéndose colorado—.

—¡Veamos! ¡Veamos! —respondió el rey—. Entonces te… te ordeno que unas veces bosteces y que otras veces…

El rey se atropellaba un poco y parecía ofendido.

Porque el rey se ocupaba más que nada de que su autoridad se respetase. No toleraba la desobediencia. Era un monarca absoluto. Pero como era muy bueno daba órdenes razonables.

«Si yo ordenase —decía el rey a menudo—, si yo ordenase a un general transformarse en ave marina, en caso de que el general no obedeciese, no sería culpa del general. Sería culpa mía.»

—¿Puedo sentarme? —inquirió tímidamente el príncipe—.

—Te ordeno que te sientes —respondió el rey, recogiendo majestuosamente uno de los faldones de su manto de armiño—.

Pero el príncipe no cabía en sí de asombro. El planeta era minúsculo. ¿Sobre qué podría reinar el rey?

—Señor… —le dijo el príncipe— perdóneme por tanta pregunta…

—Te ordeno que me hagas preguntas —se apresuró a decir el rey—.

—Y usted… Señor… ¿sobre quién reina?

—Sobre todo —respondió el rey con mucha sencillez—.

—¿Sobre todo?

El rey, con discreto ademán, señaló su planeta, los demás planetas y las estrellas.

—¿Sobre todo esto? —dijo el pequeño príncipe—.

—Sobre todo esto… —respondió el rey—.

Pues no solo era monarca absoluto sino también monarca universal.

—¿Y las estrellas le obedecen?

—Por supuesto que sí —dijo el rey—Obedecen de inmediato. Yo no tolero la indisciplina.

Un poder tan grande maravilló al príncipe. Si él lo hubiese tenido, hubiera podido asistir, no ya a cuarenta y cuatro, sino a setenta y dos, o incluso a cien, o incluso a doscientas puestas de sol en la misma jornada sin tener que mover la silla. Y como se sintió un poco triste al recordar su pequeño planeta abandonado, se atrevió a solicitar una gracia del rey:

—Me gustaría ver una puesta de sol… Majestad, concédame ese placer… Dígale al sol que se ponga…

—Si yo ordenase a un general volar de flor en flor como una mariposa, o escribir una tragedia, o transformarse en ave marina, en caso de que el general no ejecutase la orden recibida, ¿de quién sería la culpa?, ¿suya o mía?

—Sería de Vuestra Majestad –dijo el príncipe muy convencido.

—Exacto. Hay que exigirle a cada uno lo que cada uno puede dar —replicó el rey—. La autoridad se basa sobre todo en la razón. Si ordenas a tu pueblo que se tire al mar, el pueblo hará la revolución. Yo tengo derecho a exigir obediencia, porque mis órdenes son razonables.

—¿Y mi puesta de sol? —recordó el príncipe, que, una vez formulada, no olvidaba jamás una pregunta—.

—Tendrás tu puesta de sol. Así lo exigiré. Pero, basándome en la ciencia del gobierno, esperaré a que las condiciones sean favorables.

—¿Y cuándo será eso? —quiso saber el príncipe—.

—¡Ejem! ¡Ejem! —respondió el rey, consultando primero un grueso calendario— ¡Ejem! ¡Ejem! Eso será, a

las… a las… eso será a las siete cuarenta. Verás cómo soy obedecido.

El príncipe bostezó. Echaba de menos su malograda puesta de sol. Y, además, empezaba a aburrirse un poco:

—Aquí ya no tengo nada que hacer —le dijo al rey—. ¡Me voy!

—No te vayas —respondió el rey, muy ufano de tener un súbdito—. ¡No te vayas, te nombro ministro!

—¿Ministro de qué?

—¡De Justicia!

—¡Pero si no hay nadie a quien juzgar!

—Nunca se sabe —dijo el rey—. Aún no he recorrido todo mi reino. Soy viejo, no tengo sitio para una carroza y me cansa ir andando.

—¡Oh! Si ya lo he visto —dijo el príncipe, que se asomó de nuevo para echar un vistazo al otro lado del planeta—. Tampoco hay nadie por ahí abajo…

—Pues te juzgarás a ti mismo —respondió el rey—. Eso es lo más difícil. Es mucho más difícil juzgarse a uno mismo que juzgar a otro. Si consigues juzgarte bien, es que eres un verdadero sabio.

—Lo que es yo —dijo el pequeño príncipe—, puedo juzgarme en cualquier parte. No necesito vivir aquí.

—¡Bueno! ¡Bueno! —dijo el rey—, creo que en algún rincón de mi planeta hay una vieja rata. La escucho todas las noches. Podrás juzgar a la vieja rata. De cuando en cuando, la condenarás a muerte. De ese modo, su vida dependerá de tu justicia. Pero tendrás que indultarla siempre para no gastarla. Solamente hay una.

—Lo que es a mí —respondió el príncipe—, no me gusta condenar a muerte; además, me parece que ya me voy.

—No —dijo el rey—.

Pero el príncipe, que ya había terminado los preparativos, no quiso lastimar al anciano monarca:

—Si Vuestra Majestad desea ser obedecido puntualmente, puede Vuestra Majestad darme una orden razonable. Ordenarme, por ejemplo, que me vaya en menos de un minuto. Me parece que las condiciones son favorables…

Como el rey no respondía, el príncipe vaciló un instante; luego, dando un suspiro, emprendió la marcha.

—Te nombro embajador —se apresuró a gritar el rey—.

Tenía una apariencia de gran autoridad.

«Las personas mayores son muy extrañas», se dijo para sí el príncipe durante el viaje.

XI

El segundo planeta estaba habitado por un vanidoso:

—¡Vaya! ¡Tenemos visita de un admirador! ——exclamó desde lejos el vanidoso nada más ver al príncipe—.

Porque para los vanidosos los demás hombres son admiradores.

—Buenos días —dijo el príncipe—. ¡Qué sombrero más gracioso tienes!

—Es para saludar —respondió el vanidoso—. Es para saludar cuando me aclaman. Desgraciadamente, por aquí nunca pasa nadie.

—¡Ah!… ¿sí? —dijo el príncipe, que no había entendido nada—.

—Date con una mano en la otra mano —le aconsejó el vanidoso—.

El príncipe se dio con una mano en la otra. El vanidoso saludó modestamente quitándose el sombrero.

«Esto es más divertido que la visita al rey», se dijo para sí el príncipe. Y volvió a darse con una mano en la otra. El vanidoso volvió a saludar quitándose el sombrero.

A los cinco minutos de ejercicio, el príncipe se cansó de un juego tan monótono:

—Y para que el sombrero se caiga —le preguntó—, ¿qué es lo que hay que hacer?

Pero el vanidoso no le escuchó. Los vanidosos solo escuchan los elogios.

—¿Me admiras realmente mucho? —le preguntó al príncipe—.

—¿Qué significa «admirar»?

— «Admirar» significa «reconocer que soy el hombre más guapo, el mejor vestido, el más rico y el más inteligente del planeta».

—¡Pero si en el planeta solo estás tú!

—Dame ese gusto. Admírame de todas formas.

—Te admiro —dijo el príncipe encogiéndose de hombros—. Pero ¿a ti que más te da?

Y el príncipe se fue de allí.

«Las personas mayores son pero que muy raras», se dijo para sí durante el viaje.

XII

El planeta siguiente estaba habitado por un bebedor. La visita fue muy corta, pero sumió al príncipe en una gran tristeza:

—¿Qué haces aquí? —le dijo al bebedor, al que encontró sentado y en silencio ante una colección de botellas vacías y una colección de botellas llenas—.

—Beber —respondió el bebedor en tono lúgubre—.

—¿Y por qué bebes? —le preguntó el príncipe—.

—Para olvidar —respondió el bebedor—.

—¿Para olvidar qué cosa? —inquirió el príncipe, que sentía pena de él—.

—Para olvidar que me da vergüenza —confesó el bebedor bajando la cabeza—.

—¿Vergüenza de qué? —le preguntó el príncipe, que deseaba ayudarle—.

—¡Vergüenza de beber! —concluyó el bebedor para encerrarse definitivamente en su mutismo—.

Y el príncipe se fue todo perplejo.

«Las personas mayores son muy raras, pero que muy raras», se dijo para sí durante el viaje.

XIII

El cuarto planeta era el del hombre de negocios. Un hombre tan ocupado que ni siquiera levantó la cabeza al llegar el príncipe.

—Buenos días —dijo este—. Tienes el cigarrillo apagado.

—Tres y dos son cinco. Cinco y siete, doce. Doce y tres, quince. Buenos días. Quince y siete, veintidós. Veintidós y seis, veintiocho. No hay tiempo para encenderlo otra vez. Veintiséis y cinco, treinta y uno. ¡Uf! Eso hace un total de quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y una.

—¿Millones de qué?

—¡Ah! ¿Sigues ahí? Millones de… yo que sé ya… ¡tengo tanto trabajo! Soy un hombre serio, no me entretengo con pamplinas. Dos y cinco, siete…

—¿Millones de qué? —repitió el príncipe, que en la vida había renunciado a una pregunta después de formularla—.

El hombre de negocios alzó la cabeza:

—Hace cincuenta y cuatro años que vivo en este planeta y solo me han molestado tres veces. La primera vez, hace veintidós años, fue un abejorro que cayó de no se sabe dónde. Hacía un ruido espantoso y cometí cuatro errores en una suma. La segunda vez, fue hace once años, por culpa de una crisis de reumatismo. No hago mucho ejercicio. No tengo tiempo de pasear. Soy un hombre serio. La tercera vez… ¡es esta! Así que estábamos diciendo quinientos un millones…

—¿Millones de qué?

El hombre de negocios comprendió que no habría tregua:

—Millones de esas cosas pequeñitas que se ven algunas veces en el cielo.

—¿De moscas?

—No, no, de cositas que brillan.

—¿De abejas?

—No, no. De esas cositas doradas que hacen fantasear a los holgazanes. Pero yo soy un hombre serio. No tengo tiempo de holgazanear.

—¡Ah! ¿De estrellas?

—Eso es. De estrellas.

—¿Y qué haces con quinientos millones de estrellas?

—Quinientos un millones seiscientos veintidós mil ciento treinta y una. Soy un hombre serio. Un hombre riguroso.

—¿Y qué haces con esas estrellas?

—¿Que qué hago?

—Sí.

—Nada. Me limito a poseerlas.

—¿Posees las estrellas?

—Sí.

—Yo acabo de ver a un rey que…

—Los reyes no poseen. Ellos «reinan», que es diferente.

—¿Y para qué te sirve poseer las estrellas?

—Me sirve para ser rico.

—¿Y para qué te sirve ser rico?

—Para comprar más estrellas, si alguien las encuentra.

«Este hombre —se dijo para sí el príncipe—, razona un poco como el bebedor.»

Sin embargo, volvió a preguntar:

—¿Cómo pueden poseerse las estrellas?

—A ver… ¿de quién son las estrellas? —replicó, muy cascarrabias, el hombre de negocios—.

—No lo sé. De nadie.

—Entonces son mías, porque la idea se me ocurrió a mí primero.

—¿Con eso basta?

—Pues claro. Cuando encuentras un diamante que no es de nadie, es tuyo. Cuando encuentras una isla que no es de nadie, es tuya. Cuando eres el primero que tiene una idea, la patentas y es tuya. Yo poseo las estrellas porque a nadiese le ha ocurrido poseerlas antes que a mí.

—Eso sí que es verdad —dijo el príncipe—. ¿Y qué haces con ellas?

—Las administro. Las cuento y las vuelvo a contar —dijo el hombre de negocios—. Es difícil. Pero soy un hombre serio.

El príncipe aún no estaba satisfecho.

—Lo que es yo, si poseo un pañuelo, puedo echármelo al cuello y llevarlo conmigo. Si poseo una flor, puedo cortarla y llevármela. Pero tú no puedes cortar las estrellas.

—No, pero puedo depositarlas en el banco.

—¿Eso que quiere decir?

—Quiere decir que escribo en un papel el número de estrellas que tengo. Luego guardo el papel en un cajón y lo cierro con llave.

—¿Y nada más?

—¡Con eso basta!

«Es extraño —pensó el príncipe—. Es bastante poético. Pero muy serio no es.»

Sobre las cosas serias, el príncipe tenía unas ideas muy distintas a las de las personas mayores.

—Yo —siguió diciendo—, tengo una flor que riego todos los días. Tengo tres volcanes que deshollino todas las semanas, porque también deshollino el que está apagado. Nunca se sabe. Tanto a mis volcanes como a mi flor les viene bien que yo los posea. Pero tú a las estrellas no les vienes bien…

El hombre de negocios abrió la boca, pero no supo qué decir. Y el príncipe se fue de allí.

«Las personas mayores son francamente extraordinarias», se dijo para sí durante el viaje.

XIV

El quinto planeta era muy curioso. Era el más pequeño de todos. Apenas había sitio para una farola y para el farolero que la encendía. El príncipe no acababa de explicarse para qué servirían en mitad del cielo, en un planeta sin casas y sin habitantes, una farola y un farolero. Sin embargo, dijo para sí:

«Bien puede ser que este hombre sea absurdo. Pero es menos absurdo que el rey, que el vanidoso, que el hombre de negocios y que el bebedor. Por lo menos, su tarea tiene un sentido. Cuando enciende la farola es como si hiciese nacer una estrella más, o una flor. Cuando apaga la farola hace dormir a la flor o a la estrella. Es un trabajo muy bonito. Es verdaderamente útil porque es bonito.»

En cuanto llegó al planeta saludó atentamente al farolero:

—Buenos días. ¿Por qué has apagado la farola?

—Es la consigna —respondió el farolero—. Buenos días.

—¿Qué consigna?

—La de apagar la farola. Buenas noches.

Entonces volvió a encenderla.

—¿Pero por qué la has encendido?

—Es la consigna —respondió el farolero—.

—No lo entiendo —dijo el príncipe—.

—No hay nada que entender —dijo el farolero—. Una consigna es una consigna. Buenos días.

Y apagó la farola.

Luego se enjugó la frente con un pañuelo rojo a cuadros.

—¡Qué oficio más terrible! En otros tiempos era razonable. Yo apagaba por la mañana y encendía por la noche. Tenía el resto del día para descansar y el resto de la noche para dormir…

—¿Y a partir de entonces cambió la consigna?

—La consigna no ha cambiado —dijo el farolero—. ¡Y ahí está el drama! Cada año que pasa el planeta gira más deprisa y la consigna sigue igual.

—¿Y entonces? —dijo el pequeño príncipe—.

—Entonces, como ahora da una vuelta por minuto, no tengo ni un segundo de reposo. ¡Enciendo y apago una vez por minuto!

—¡Qué divertido! ¡Aquí duran los días un minuto!

—No es divertido en absoluto —dijo el farolero—. Hace ya un mes que estamos conversando.

—¿Un mes?

—Sí. Treinta minutos. ¡Treinta días! Buenas noches.

Y volvió a encender la farola.

El príncipe lo miró y se encariñó con ese farolero tan fiel a la consigna. Se acordó de las puestas de sol que antes se procuraba moviendo la silla. Quiso ayudar a su nuevo amigo:

—Mira… yo sé una manera de que descanses cuando te apetezca…

—Siempre me apetece —dijo el farolero—.

Pues se puede ser al mismo tiempo perezoso y cumplidor.

El príncipe continuó diciendo:

—Este planeta es tan pequeño que en dos zancadas le das la vuelta. Te basta con andar despacio para estar siempre al sol. Cuando quieras descanso te pones a andar… y el día durará lo que tú quieras.

—Pues no adelanto gran cosa —dijo el farolero—. Lo que a mí más me gusta es dormir.

—Mala suerte —dijo el príncipe—.

—Mala suerte —dijo el farolero—. Buenos días —y apagó la farola—.

«Ese hombre —dijo para sí el pequeño príncipe, mientras continuaba su viaje— será menospreciado por los demás: por el rey, por el vanidoso, por el bebedor, por el hombre de negocios. Sin embargo, es el único que no me parece ridículo. Seguramente porque se ocupa de algo ajeno a él.»

Suspiró disgustado y añadió: «Ese hombre hubiese podido ser mi amigo. Pero su planeta es muy pequeño. No hay sitio para dos…»

Lo que el príncipe no se atrevía a confesarse era que echaría de menos aquel bendito planeta, sobre todo por sus mil cuatrocientas cuarenta puestas de sol en veinticuatro horas.

¡Qué oficio más terrible!

XV

El sexto planeta era diez veces más grande. Estaba habitado por un viejo señor que escribía unos libros enormes.

—¡Anda! ¡Un explorador! —exclamó al ver al príncipe—.

El príncipe se sentó en la mesa dando un resoplido. ¡Había viajado tanto!

—¿De dónde vienes? —dijo el viejo señor—.

—¿Qué es ese libro tan gordo? —dijo el príncipe—. ¿Qué haces aquí?

—Soy geógrafo —dijo el viejo señor—.

—¿Qué es un geógrafo?

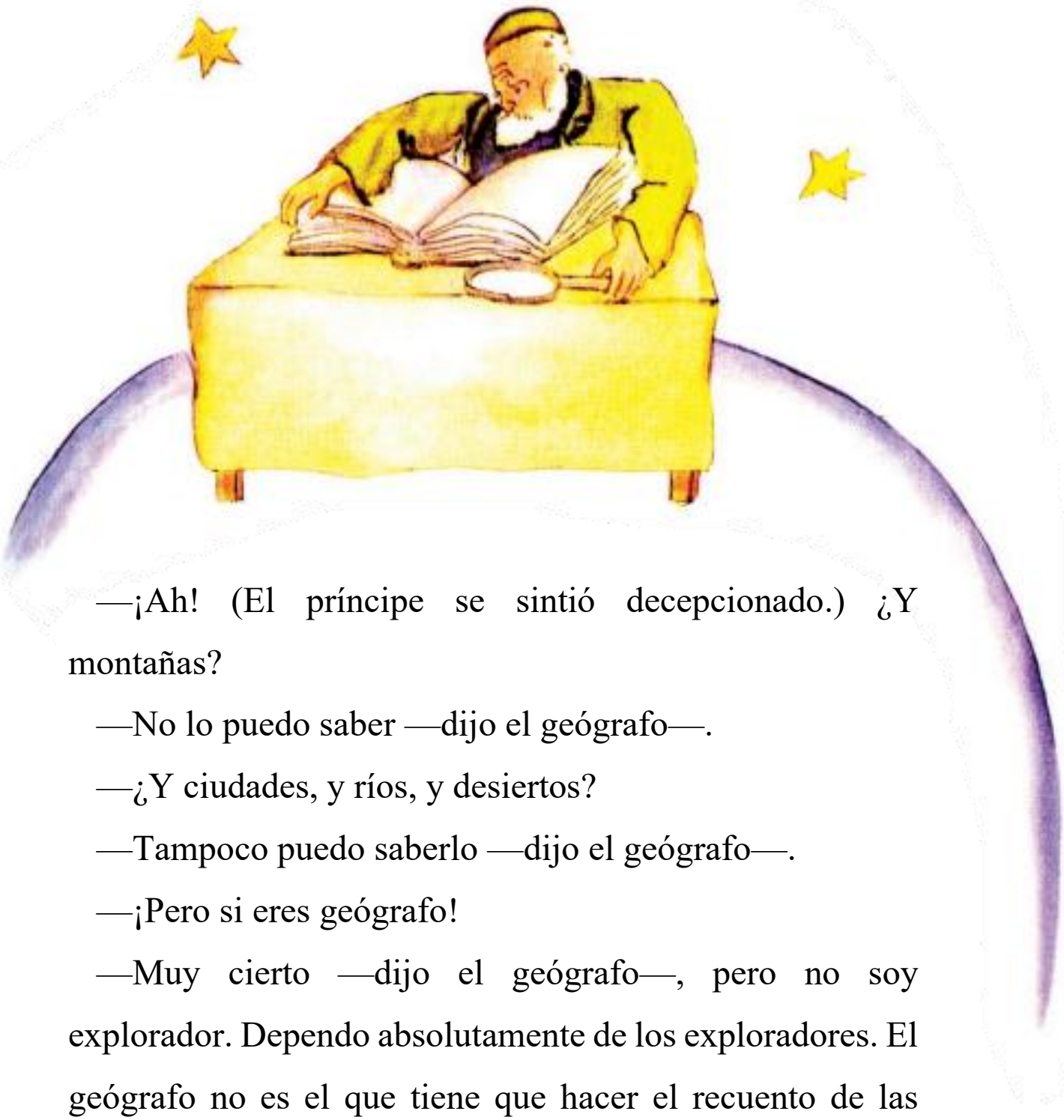
—Es un sabio que sabe dónde están situados los mares, los ríos, las ciudades, las montañas y los desiertos.

—Eso sí que es interesante —dijo el príncipe—. ¡Por fin un verdadero oficio!

Y echó un vistazo al planeta del geógrafo. No había visto nunca un planeta tan majestuoso.

—Tu planeta es precioso. ¿Tiene algún océano?

—No lo puedo saber —dijo el geógrafo—.



—¡Ah! (El príncipe se sintió decepcionado.) ¿Y montañas?

—No lo puedo saber —dijo el geógrafo—.

—¿Y ciudades, y ríos, y desiertos?

—Tampoco puedo saberlo —dijo el geógrafo—.

—¡Pero si eres geógrafo!

—Muy cierto —dijo el geógrafo—, pero no soy explorador. Dependo absolutamente de los exploradores. El geógrafo no es el que tiene que hacer el recuento de las ciudades, los ríos, las montañas, los mares, los océanos y los desiertos. El geógrafo es demasiado importante como para dedicarse a pasear. El geógrafo no se aparta de su despacho. Allí recibe a los exploradores. Les interroga y toma nota de sus recuerdos. Y si los recuerdos de alguno le

parecen interesantes, el geógrafo encarga un informe sobre la moralidad del explorador.

—¿Y eso por qué?

—Porque un explorador que mintiese acarrearía grandes catástrofes a los libros de geografía. Y un explorador que bebiese demasiado también.

—¿Y eso por qué? —preguntó el príncipe—.

—Porque los borrachos ven doble. Entonces el geógrafo registraría dos montañas allí donde solo hay una.

—Conozco a uno —dijo el pequeño príncipe— que sería un pésimo explorador.

—Puede ser. En fin, cuando la moralidad del explorador parece adecuada hacemos una investigación sobre su descubrimiento.

—¿Acuden a comprobarlo?

—No. Eso sería muy complicado. Pero se le exige al explorador que aporte pruebas. Si se trata, pongo por caso, del descubrimiento de una gran montaña, se le exige que traiga grandes piedras.

El geógrafo se emocionó de pronto.

—¡Anda! ¡Pero si tú vienes de muy lejos! ¡Eres explorador! ¡Me describirás tu planeta!

Y el geógrafo, después de abrir su libro de registro, le sacó punta al lápiz. Los relatos de los exploradores primero se apuntan a lápiz. Para pasarlos a tinta hay que esperar a que el explorador aporte pruebas.

—Ya puedes empezar —dijo el geógrafo—.

—¡Oh!, el planeta donde vivo —respondió el príncipe— no es muy interesante, es muy pequeño. Tengo tres volcanes. Dos volcanes activos y uno apagado. Pero nunca se sabe.

—Nunca se sabe —dijo el geógrafo—.

—También tengo una flor.

—No anotamos las flores —dijo el geógrafo—.

—¿Por qué no? ¡Eso es lo más bonito!

—Porque las flores son efímeras.

—¿Qué significa «efímero»?

—Los tratados de geografía —dijo el geógrafo— son los libros más serios de todos. Nunca se pasan de moda. Es muy raro que una montaña cambie de sitio. Es muy raro que un océano se quede sin agua. Escribimos cosas eternas.

—Pero los volcanes apagados pueden despertarse —interrumpió el príncipe—. ¿Qué significa «efímero»?

—Que los volcanes estén apagados o despiertos, para nosotros viene a ser lo mismo —dijo el geógrafo—. Lo que de verdad importa es la montaña; esa no cambia.

—Pero ¿qué significa «efímero»? —repitió el príncipe, que nunca en la vida había renunciado a una pregunta después de formularla—.

—Eso significa «que está abocado a la desaparición».

—¿Mi flor está abocada a la desaparición?

—Pues claro.

«Mi flor es efímera —se dijo el príncipe—. No tiene más que cuatro espinas para defenderse del mundo. Y la he dejado sola en el planeta.»

Por primera vez sintió nostalgia. Pero, recuperando el ánimo, preguntó:

—¿Qué me aconsejas que vaya a ver?

—El planeta Tierra —respondió el geógrafo—. Tiene buena reputación…

Y el príncipe se fue de allí pensando en su flor.

XVI

Así que el séptimo planeta fue la Tierra.

¡La Tierra no es un planeta cualquiera! Cuenta con ciento once reyes (sin olvidar los reyes negros, por supuesto), siete mil geógrafos, novecientos mil hombres de negocios, siete millones y medio de borrachos, trescientos once millones de vanidosos; o sea, aproximadamente dos mil millones de personas mayores.

Para que os hagáis una idea de las dimensiones de la Tierra os diré que antes de la invención de la electricidad había que mantener, en los seis continentes, un verdadero ejército de cuatrocientos sesenta y dos mil quinientos once faroleros.

Vista de lejos, la cosa hacía un efecto espléndido. Los movimientos de ese ejército estaban tan bien sincronizados como los del ballet de una ópera. Primero era el turno de los faroleros de Nueva Zelanda y de Australia; que una vez encendidas sus luminarias se iban a dormir. Entonces entraban en la danza los faroleros de China y de Siberia, que luego desaparecían entre bastidores. Después llegaba el

turno de los faroleros de Rusia y de las Indias. Después, el de los de África y Europa. Luego, el de los de América del Sur. Después, el de los de América del Norte. Y nunca confundían el orden de entrada en escena. Era algo grandioso.

Solo el farolero de la única farola del Polo Norte, y su colega de la única farola del Polo Sur, llevaban una vida ociosa e indolente: trabajaban dos veces al año.

XVII

Cuando queremos ser ingeniosos, solemos mentir un poco. No he sido del todo honrado al hablaros de los faroleros. Y corro el riesgo de dar una falsa idea de nuestro planeta a los que no lo conocen. En la Tierra, los hombres ocupan poco espacio. Si los dos mil millones de habitantes que pueblan la Tierra se pusiesen de pie y algo apretados, lo mismo que en un mitin, cabrían perfectamente en una plaza pública de veinte millas de largo por veinte millas de ancho. Podríamos apiñar a la humanidad entera en un pequeño islote del Pacífico.

Seguro que las personas mayores no se lo creen. Se imaginan que ocupan mucho espacio. Se ven tan grandes como baobabs. Así que les diréis que echen la cuenta. Como les encantan las cifras, eso les gustará. Pero no perdáis el tiempo con una tarea tan penosa. Es inútil. Vosotros confiad en mí.

Una vez en la Tierra, el príncipe quedó muy sorprendido de no encontrar a nadie. Temía haberse confundido de planeta, cuando un aro color de luna se revolvió en la arena.

—Buenas noches —dijo prudentemente el príncipe—.

—Buenas noches —respondió la serpiente—.

—¿En qué planeta he ido a caer? —preguntó el príncipe—.

—En la Tierra, en África —respondió la serpiente—.

—¡Ah! ¿Entonces no hay nadie en la Tierra?

—Esto es el desierto. No hay nadie en los desiertos. La Tierra es muy grande —dijo la serpiente—.

El príncipe se sentó en una piedra y alzó los ojos al cielo:

—Me pregunto —dijo el príncipe— si las estrellas estarán encendidas para que cada cual pueda encontrar la suya un día. Mira mi planeta. Está justo encima de nosotros, ¡pero qué lejos!

—Es muy bonito —dijo la serpiente— ¿Qué has venido a hacer aquí?

—Tengo problemas con una flor —respondió el príncipe—.

—¡Ah! —dijo la serpiente—.

Y los dos se quedaron callados.

—¿Dónde están los hombres? —prosiguió el príncipe—. Está uno un poco solo en el desierto…

—También está uno solo donde viven los hombres —dijo la serpiente—.

El príncipe la estuvo mirando un buen rato:

—Eres un animal muy curioso —dijo al fin—. Eres tan fino como un dedo…

—Pero más poderoso que el índice de un rey —replicó la serpiente—.

El príncipe sonrió:

—No eres tan poderoso… ni siquiera tienes patas… ni siquiera puedes viajar…

—Pero puedo llevarte más lejos que una nave —dijo la serpiente—.

Se enroscó al tobillo del príncipe como una ajorca de oro:

—Al que yo alcanzo, lo devuelvo a la tierra de donde salió ——prosiguió—. Pero tú eres puro y vienes de una estrella…

Nada respondió el príncipe.

—¡Qué lástima me das!, tan débil en esta Tierra dura como el granito. Puedo ayudarte un día, si añoras demasiado tu planeta. Puedo…

—¡Sí! Entiendo perfectamente —dijo el pequeño príncipe—. Pero ¿por qué lo dices todo con enigmas?

—Yo los resuelvo todos —respondió la serpiente—.

Y los dos se quedaron callados.

—Eres un animal muy curioso —dijo al fin—. Eres tan fino como un dedo…

XVIII

El príncipe atravesó el desierto y no encontró más que una flor. Una flor de tres pétalos, una flor insignificante…

—Buenos días —dijo el príncipe—.

—Buenos días —dijo la flor—.

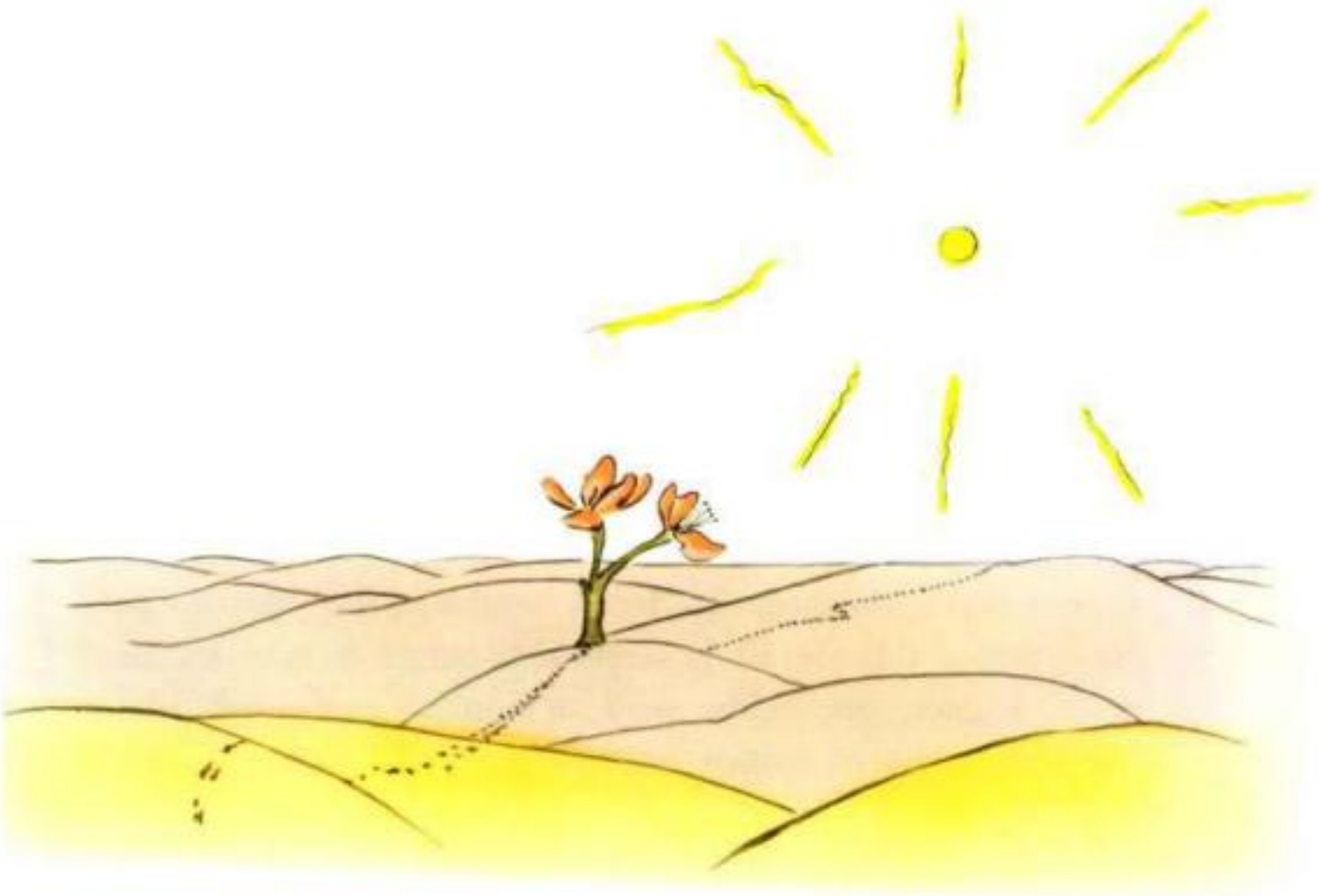
—¿Dónde están los hombres? —preguntó educadamente el príncipe—.

La flor había visto una vez pasar una caravana:

—¿Los hombres? Existen, creo yo, seis o siete. Hace años que los vi. Pero nunca se sabe dónde están. El viento se los lleva de paseo. Carecen de raíces y eso les fastidia mucho.

—Adiós —dijo el príncipe—.

—Adiós —dijo la flor—.



XIX

El príncipe subió a una gran montaña. Hasta entonces, las únicas montañas que conocía eran los tres volcanes que le llegaban a la rodilla. Y el volcán apagado le servía de taburete. «Desde una montaña tan alta como esta —se dijo para sí— veré de un golpe todo el planeta y a todos los hombres…» Pero no vio más que unas cuantas agujas de piedra muy afiladas.

—Buenos días —dijo prudentemente—.

—Buenos días… buenos días… buenos días… —respondió el eco—.

—¿Quiénes sois? —dijo el príncipe—.

—Quiénes sois… quiénes sois… quiénes sois… —respondió el eco—.

—¿Queréis ser amigos míos? Estoy solo —dijo él—.

—Estoy solo… estoy solo… estoy solo… —respondió el eco—.

«¡Qué planeta más raro! —pensó en ese momento—. Es muy seco, muy puntiagudo y muy salado. Y los hombres carecen de imaginación. Repiten todo lo que les dicen… En

mi planeta yo tenía una flor; y ella siempre hablaba la primera…»

XX

Pero sucedió que el príncipe, después de mucho andar sobre la arena, las rocas y la nieve, encontró por fin un camino. Y todos los caminos conducen a los hombres.

—Buenos días —dijo el príncipe—.

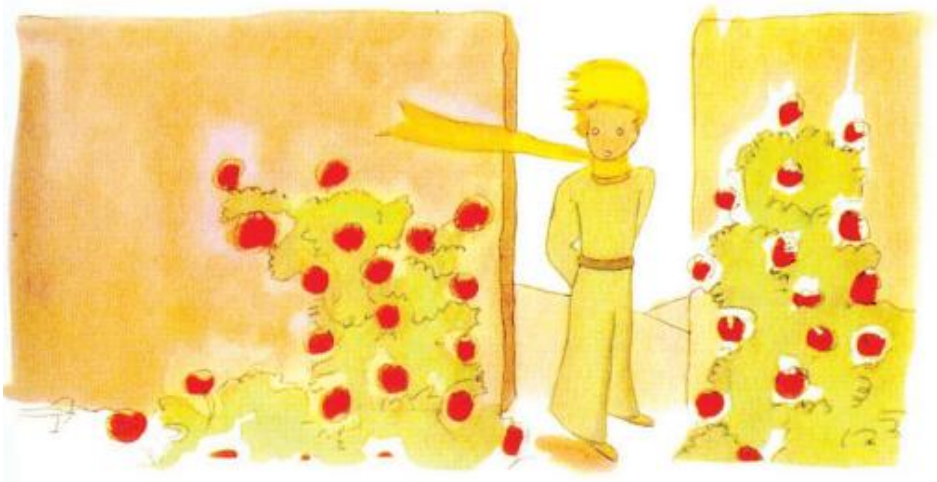
Era un florido jardín lleno de rosas.

—Buenos días —dijeron las rosas—.

El príncipe las miró. Todas se parecían a su flor.

—¿Quiénes sois? —preguntó estupefacto—.

—Somos rosas —dijeron las rosas—.



—¡Ah! —exclamó el príncipe—

Y se sintió muy desdichado. Su flor le dijo un día que era la única de su especie en todo el universo. Y, mira por dónde, había cinco mil muy parecidas, y en un solo jardín.

«Se sentiría abochornada —dijo para sí el príncipe— si viese este espectáculo… Tosería con todas sus fuerzas y fingiría estarse muriendo para huir del ridículo. Yo me vería obligado a fingir que la cuidaba, porque si no, con tal de humillarme a mí también, se dejaría morir de verdad…»

Luego siguió diciendo para sí: «Me creía en posesión de una flor única, y lo único que tengo es una rosa cualquiera. Además de los tres volcanes que me llegan a la rodilla, uno de los cuales tal vez esté definitivamente apagado. Desde luego, eso no me convierte en un gran príncipe…» Y tendido en la hierba se puso a llorar.

Y tendido en la hierba se puso a llorar.

XXI

Fue entonces cuando apareció el zorro:

—Buenos días —dijo el zorro—.

—Buenos días —respondió cortésmente el príncipe, que volvió la cabeza pero no vio a nadie—.

—Estoy aquí —dijo la voz— debajo del manzano.

—¿Quién eres? —preguntó el príncipe—. Eres muy hermoso…

—Soy un zorro —dijo el zorro—.

—Ven a jugar conmigo —le propuso el príncipe—. Estoy muy triste…

—No puedo jugar contigo —dijo el zorro—. No estoy amansado.

—¡Ah!, perdón —dijo el príncipe—.

Pero, después de pensarlo un momento, añadió:

—¿Qué significa «amansar»?

—Tú no eres de aquí —dijo el zorro—, ¿qué buscas?

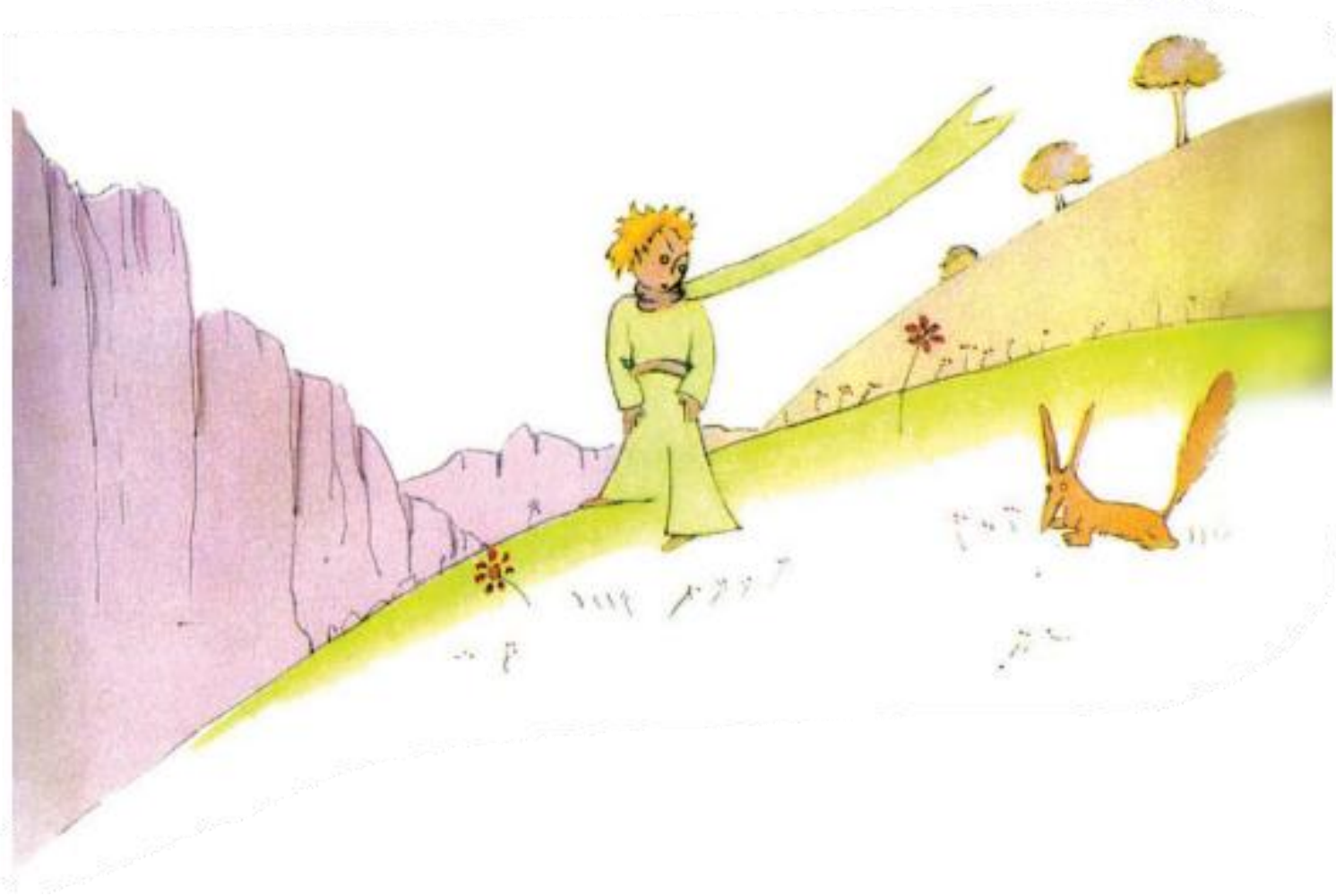
—Busco a los hombres —dijo el príncipe—. ¿Qué significa «amansar»?

—Los hombres —dijo el zorro— tienen fusiles y van de caza. ¡Es un fastidio! Además, crían gallinas. Eso es lo único interesante que tienen. ¿Tú buscas gallinas?

—No —dijo el príncipe—. Lo que yo busco son amigos. ¿Qué significa «amansar»?

—Casi nadie se acuerda —dijo el zorro—. Significa «crear lazos…»

—¿Crear lazos?



—Eso es —dijo el zorro—. Por ahora, para mí no eres más que un muchacho igualito a otros cien mil. No te necesito. Tú tampoco me necesitas a mí. Para ti no soy más que un zorro igualito a otros cien mil. Pero si me amansas, nos necesitaremos el uno al otro. Y serás para mí algo único en el mundo. Y seré para ti algo único en el mundo…

—Ya empiezo a entender —dijo el príncipe—. Creo que hay una flor… que me ha amansado…

—Es posible —dijo el zorro—. En la Tierra se ven tantas cosas…

—¡Oh!, no es en la Tierra —dijo el príncipe—.

El zorro pareció intrigado:

—¿En otro planeta?

—Sí.

—¿Hay cazadores en ese planeta?

—No.

—¡Muy interesante! ¿Y gallinas?

—Tampoco.

—Nada es perfecto —suspiró el zorro—.

Y entonces retomó su hilo:

—Mi vida es monótona. Yo cazo a las gallinas, y los hombres me cazan a mí. Todas las gallinas se parecen, y todos los hombres se parecen. De manera que me aburro un poco. Pero si me amansas, mi vida se llenará de luz. Reconoceré un rumor de pasos distinto a todos. Los demás pasos hacen que me esconda bajo tierra. Los tuyos me invitarán a salir de la madriguera, lo mismo que una melodía. Además, ¡mira! ¿No ves cuántos trigales? Yo no como pan. El trigo, para mí, resulta inútil. Los trigales no me dicen nada. Y es muy triste. Pero tú tienes el cabello color de oro. Será maravilloso en cuanto me amanses… El trigo, que es dorado, hará que te recuerde. Será dulce el rumor del viento entre los trigos…

El zorro guardó silencio y, mirando un buen rato al príncipe, dijo:

—Por favor… ¡amánsame!

—De acuerdo —respondió el príncipe—, pero no tengo mucho tiempo. Tengo amigos que encontrar y cosas que conocer.

—Solo conocemos lo que amansamos —dijo el zorro—. Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada. Lo

compran todo hecho en serie en casa de los mercaderes. Pero como no hay mercaderes de amigos, los hombres no tienen amigos. Si quieres un amigo ¡amánsame!

—¿Qué hay que hacer? —dijo el príncipe—.

—Hay que ser muy paciente —respondió el zorro—. Al principio te sentarás un poco aparte, así, sobre la hierba. Te miraré de reojo, pero tú no digas nada. El lenguaje es una fuente de malentendidos. Y así, cada día podrás sentarte un poquito más cerca…

El príncipe volvió al día siguiente.

—Mejor hubiese sido venir a la misma hora —dijo el zorro—. Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, yo

me pondré contento a partir de las tres. Cuanto más se acerque la hora, más alegre estaré. A las cuatro, me sentiré nervioso y preocupado; y sabré cuál es el precio de la felicidad. Pero si apareces en cualquier momento, nunca sabré a qué hora disponer mi corazón… Los ritos son imprescindibles.

Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, yo me pondré contento a partir de las tres.

—¿Qué es un rito? —dijo el príncipe—.

—Casi nadie se acuerda tampoco —dijo el zorro—. Un rito es lo que hace que un día sea distinto de otros días, una hora de otras horas. Los cazadores, por ejemplo, tienen un rito. Los jueves bailan con las mozas del pueblo. ¡Así que el jueves es maravilloso! Puedo darme un paseo por la viña. Si los cazadores bailasen en cualquier momento, los días se parecerían tanto que me quedaría sin vacación.

De ese modo amansó el príncipe al zorro. Y cuando se acercó la hora de partir, el zorro dijo:

—¡Ay! Lloraré por ti.

—Es culpa tuya —replicó el príncipe—, yo no quería hacerte daño, pero te empeñaste en que te amansara…

—Por supuesto —dijo el zorro—.

—¡Pero vas a llorar! —exclamó el príncipe—.

—Por supuesto —dijo el zorro—.

—Con eso no ganas nada.

— Gano algo —dijo el zorro— en cuanto al color del trigo.

Y enseguida añadió:

—Vete a ver a las rosas de nuevo. Comprenderás que la tuya es única en el mundo. Vendrás a decirme adiós y te confesaré un secreto.

El príncipe se fue a ver a las rosas:

—En nada os parecéis a mi rosa, todavía no sois nada —dijo—. Nadie os ha amansado, y vosotras no habéis amansado a nadie. Ahora sois como era antes mi zorro. No era más que un zorro igualito a otros cien mil. Pero lo convertí en mi amigo y ahora es único en el mundo.

Las rosas se sentían molestas.

—Es verdad que sois hermosas, pero estáis vacías —añadió luego—. Nadie moriría por vosotras. Un caminante cualquiera creería que mi rosa se parece a vosotras. Pero ella, y solo ella, es más importante que todas vosotras juntas; porque solo la regué a ella. Porque solo a ella la puse bajo un fanal. Porque solo a ella la protegí con un biombo. Porque solo a ella le maté las orugas (excepto dos o tres para tener mariposas). Porque solo a ella la escuché quejarse, o presumir, o hasta callarse alguna vez. Porque es mi rosa.

Y, dirigiéndose al zorro, dijo:

—Adiós.

—Adiós —respondió el zorro—. Te diré mi secreto. Es muy sencillo: solo podemos ver con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.

—Lo esencial es invisible a los ojos —repitió el príncipe para recordarlo—.

—El tiempo que has perdido con tu rosa es lo que la convierte en importante.

—El tiempo que he perdido con mi rosa… —dijo el príncipe para recordarlo—.

—Los hombres han olvidado esa verdad —dijo el zorro—. Pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has amansado. Eres responsable de tu rosa…

—Soy responsable de mi rosa… —repitió el príncipe para recordarlo—.

XXII

—Buenos días —dijo el príncipe—.

—Buenos días —dijo el guardagujas—.

—¿Qué es lo que haces aquí? —preguntó el príncipe—.

—Distribuyo a los viajeros en lotes de mil —respondió el guardagujas—. Dirijo a la derecha o a la izquierda los trenes que los llevan.

Y un rápido iluminado, rugiendo como un trueno, hizo temblar la caseta del guardagujas.

—Tienen mucha prisa —dijo el príncipe—. ¿Qué es lo que buscan?

—Ni el de la locomotora lo sabe —respondió el guardagujas—.

Y un segundo rápido iluminado rugió en sentido inverso.

—¿Ya están de vuelta? —preguntó el príncipe—.

—Estos no son los mismos —dijo el guardagujas—. Es un cambio de vía.

—¿No estaban contentos donde estaban?

—Nunca estamos contentos en ningún sitio —respondió el guardagujas—.

Y entonces rugió el trueno de un tercer rápido iluminado.

—¿Y estos? ¿Buscan a los que pasaron primero? —preguntó el príncipe—.

—No buscan nada de nada —respondió el guardagujas—. Ahí dentro, o duermen o bostezan. Solo los niños aplastan la nariz contra los cristales.

—Solo los niños saben lo que quieren —dijo el príncipe—. Pierden tiempo con una muñeca de trapo y esta se convierte en importante, y si alguien se la lleva, se ponen a llorar…

—Afortunados ellos —dijo el guardagujas—.

XXIII

—Buenos días —dijo el príncipe—.

—Buenos días —dijo el mercader—.

Era un mercader de píldoras perfeccionadas para aplacar la sed. Tomando una a la semana no se sienten ganas de beber.

—¿Por qué vendes eso? —preguntó el príncipe—.

—Se economiza mucho tiempo —respondió el mercader—. Los expertos han hecho cálculos. Se ahorran cincuenta y tres minutos por semana.

—¿Y qué se hace con esos cincuenta y tres minutos?

—Se hace lo que se quiera…

«Lo que es yo —se dijo el príncipe—, si tuviese cincuenta y tres minutos para gastar, me llegaría despacio hasta una fuente…»

XXIV

Era el octavo día de mi avería en el desierto, y escuché la historia del mercader mientras bebía la última gota de agua:

—¡Ay! —le dije al príncipe—. Tus recuerdos son muy bonitos, pero no he arreglado el avión, no me queda nada que beber y yo también sería feliz si pudiese llegarme despacio hasta una fuente.

—Mi amigo el zorro, me dijo que…

—¡Olvídate del zorro, muchacho!

—¿Por qué?

—Porque nos vamos a morir de sed…

El príncipe, que no había comprendido mis palabras, me respondió:

—Es bueno haber tenido un amigo, aunque nos vayamos a morir. Estoy muy contento de haber tenido un amigo zorro…

«Este no se hace cargo del peligro —dije para mí—. Nunca tiene hambre ni sed. Le basta con un poco de sol…»

Pero el príncipe me miró y me adivinó el pensamiento:

—Yo también tengo sed… busquemos un pozo…

Hice un gesto de cansancio; es absurdo buscar un pozo al buen tuntún en la inmensidad del desierto. Sin embargo, nos pusimos en marcha.

Después de caminar algunas horas en silencio, cayó la noche y las estrellas empezaron a brillar. Yo las veía como en sueños, tenía un poco de fiebre a causa de la sed. Las palabras del príncipe me bailaban en la cabeza:

—¿Así que tú también tienes sed? —le pregunté—.

Pero no respondió a mi pregunta. Me dijo simplemente:

—El agua también puede ser buena para el corazón…

No comprendí sus palabras, pero me quedé callado… Sabía perfectamente que no había que preguntarle.

El príncipe estaba cansado. Se sentó. Me senté junto a él. Y después de una pausa continuó diciendo:

—Las estrellas son hermosas, a causa de una flor que no se ve…

Le dije «claro que sí», mientras miraba sin decir palabra los pliegues de la arena a la luz de la luna.

—El desierto es hermoso —añadió el príncipe—.

Y era verdad. Siempre me ha gustado el desierto. Uno se sienta en una duna de arena. No hay nada que ver. No hay nada que escuchar. Y sin embargo algo irradia en silencio…

—Lo que hace bonito el desierto —dijo el príncipe— es que en alguna parte esconde un pozo…

Mucho me sorprendió el comprender de pronto esa misteriosa irradiación de la arena. Cuando yo era pequeño vivía en una casa muy antigua, y contaba la leyenda que había un tesoro enterrado. Por supuesto, nadie lo encontró nunca, tal vez ni siquiera lo buscaron. Pero hechizaba la casa entera. Mi casa guardaba un secreto en el fondo del corazón…

—Sí —le dije al príncipe— se trate de una casa, de las estrellas o del desierto, lo que los hace hermosos es invisible.

—Me alegra que estés de acuerdo con mi zorro.

Como el príncipe se dormía, lo tomé en brazos y me puse en camino. Yo estaba emocionado. Me parecía que llevaba un frágil tesoro, que no había nada más frágil en toda la Tierra. Miraba a la luz de la luna su pálida frente, los ojos cerrados, los rizos moviéndose al viento, y decía para mí:

«Esto que veo no es más que la corteza. Lo más importante es invisible…»

Como sus labios entreabiertos esbozaron una sonrisa, continué diciéndome: «Lo que tanto me emociona de este pequeño príncipe dormido es su lealtad a una flor, es la imagen de una rosa lo que se desprende de él como la llama de un candil, incluso cuando duerme.» Y me pareció aún más frágil. Hay que proteger los candiles, un golpe de viento puede apagarlos…

Y caminando de ese modo descubrí el pozo al despuntar el día.

XXV

—Los hombres —dijo el príncipe— se meten en los trenes, pero como no saben lo que buscan, se agitan y dan vueltas…

Y añadió:

—No vale la pena…

El pozo al que llegamos no se parecía a los pozos saharianos. Los pozos saharianos son simples agujeros cavados en la arena. Y aquel parecía un pozo de pueblo. Pero allí no había ningún pueblo y creí estar soñando.

Es extraño —le dije al príncipe—, todo está ya listo: la polea, el cubo y la soga…

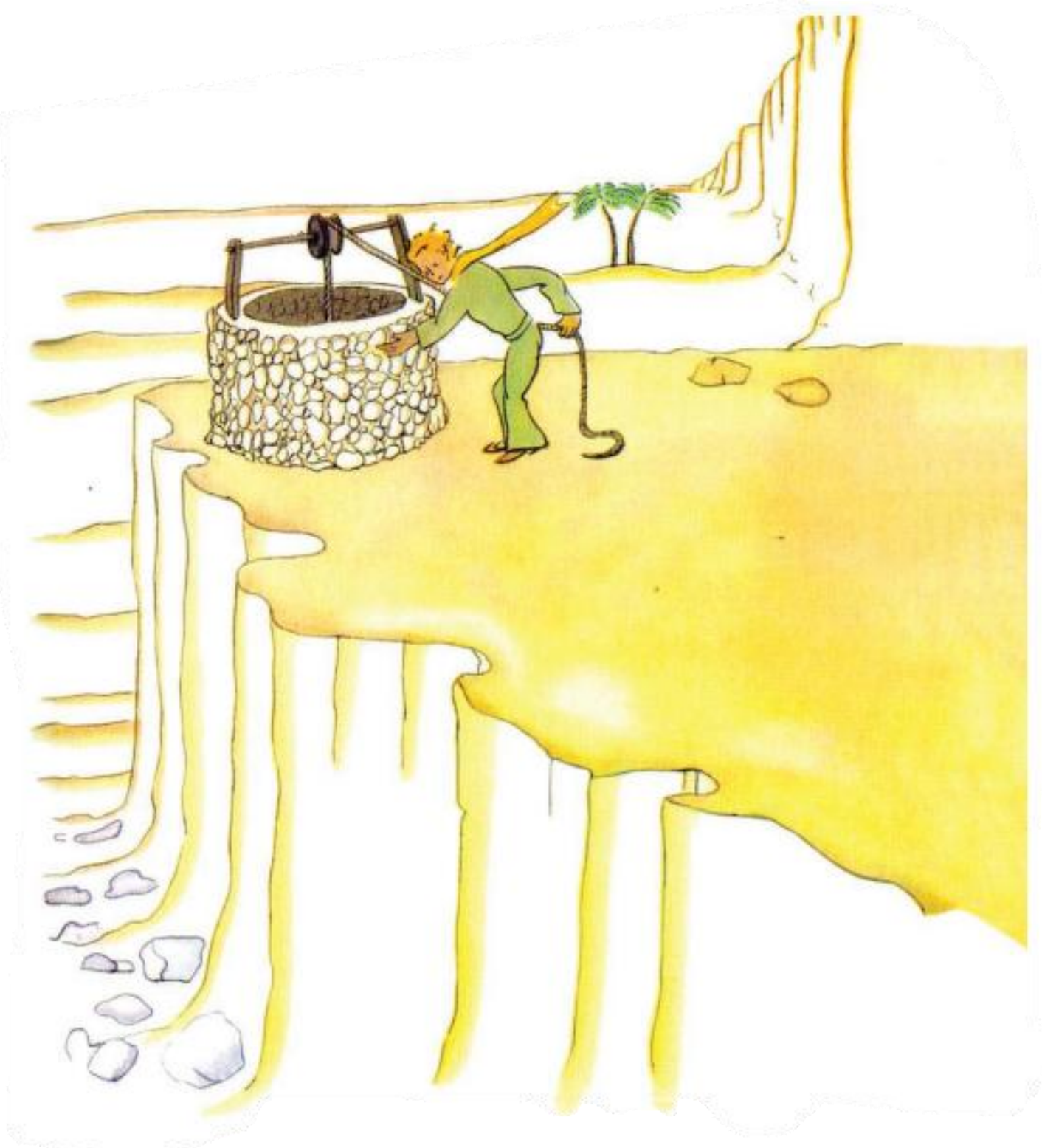
Sonrió, tiró de la soga y movió la polea.

Y la polea gimió como gime una vieja veleta cuando el viento ha dormido mucho tiempo.

—¿Lo oyes? —dijo el príncipe—. Hemos despertado al pozo y ahora canta…

Como no quería que hiciese esfuerzos, le dije:

—Déjame a mí, para ti pesa mucho.



Sonrió, tiró de la soga y movió la polea.

Lentamente icé el cubo hasta el brocal y lo puse allí con cuidado. Seguía en mis oídos el son de la polea, y en el agua, que aún temblaba, veía temblar el sol.

—Tengo sed de esta agua —dijo el príncipe—, dame de beber…

Entonces comprendí lo que él buscaba.

Alcé el cubo hasta sus labios. Bebió sin abrir los ojos. Aquello era una fiesta. Esa agua no era un simple alimento. Había surgido de la caminata bajo las estrellas, del son de la polea, del esfuerzo de mis brazos. Era buena para el corazón, igual que un regalo. Cuando yo era niño, la luz del árbol de Navidad, la música de la misa del gallo, la ternura de las sonrisas, hacían que resplandeciese de idéntico modo el regalo de Navidad que recibía.

—Los hombres de tu planeta —dijo el príncipe— cultivan cinco mil rosas en un mismo jardín… y no encuentran lo que buscan…

—No lo encuentran… —respondí yo—.

—Y sin embargo eso que buscan podrían encontrarlo en una sola rosa o en un poco de agua…

—Claro que sí —le dije—.

Y el príncipe añadió:

—Pero los ojos son ciegos. Hay que buscar con el corazón.

Bebí. Respiraba sin dificultad. La arena, cuando amanece, es de color de miel. También me puso contento aquel color de miel. ¿Por qué había de estar triste?…

—Tienes que mantener tu promesa —me dijo suavemente el príncipe, que se había sentado junto a mí de nuevo—.

—¿Qué promesa?

—Ya sabes… un bozal para mi cordero… ¡soy responsable de esa flor!

Saqué del bolsillo mi cuaderno de bocetos. El príncipe los vio y, riéndose, dijo:

—Tus baobabs parecen coles…

—¡Oh!

(¡Con lo orgulloso que estaba yo de mis baobabs!)

—Y el zorro… con esas orejas que parecen cuernos… ¡son demasiado largas!

Y volvió a reír de nuevo.

—Eres injusto, muchacho, antes solo sabía dibujar boas cerradas y boas abiertas.

—¡Claro, claro! ¡No importa! —dijo él—. Los niños saben.

Así que le dibujé un bozal. Cuando se lo entregué, con el corazón en un puño, le dije:

—No sé qué planes tienes…

Pero él no respondió. Me dijo simplemente:

—Ya sabes… mi llegada a la Tierra… mañana será el aniversario…

Luego, tras una pausa, prosiguió:

—Caí muy cerca de aquí…

Y se puso colorado.

De nuevo, sin saber por qué, volví a sentir una rara pena. Sin embargo, me asaltó una pregunta:

—O sea que no era por casualidad por lo que, la mañana en que te conocí hace ocho días, te paseabas completamente solo a mil millas de cualquier región habitada.

¿Volvías a tu punto de llegada?

El príncipe se puso colorado de nuevo.

Yo, dudando, añadí:

—¿O sea que era por el aniversario?…

El príncipe se puso colorado otra vez. Nunca respondía a las preguntas, pero cuando alguien se ruboriza eso quiere decir que «sí», ¿no es cierto?

—¡Ay! —le dije—. Tengo miedo…

Pero él me respondió:

—Ahora tienes que trabajar. Tienes que ir adonde está tu máquina. Te espero aquí. Vuelve mañana por la tarde…

Pero no me quedé tranquilo. Me acordaba del zorro. Si nos hemos dejado amansar, corremos el riesgo de llorar un poco…

XXVI

Al lado del pozo estaban las ruinas de un viejo muro de piedra. Al día siguiente por la tarde, cuando volví de mi tarea vi desde lejos al príncipe sentado allí arriba con las piernas colgando. Y oí que decía:

—Así que no te acuerdas… ¡No era aquí exactamente!

Había sin duda otra voz que le respondía, pues él replicó:

—¡Sí! ¡Sí! El día sí era ese, pero el sitio, no…

Seguí caminando en dirección al muro. Aún no veía ni escuchaba a nadie más. No obstante, el príncipe replicó de nuevo:

—… Pues claro. En la arena verás donde empiezan mis huellas. No tienes más que esperarme allí. Iré esta misma noche.

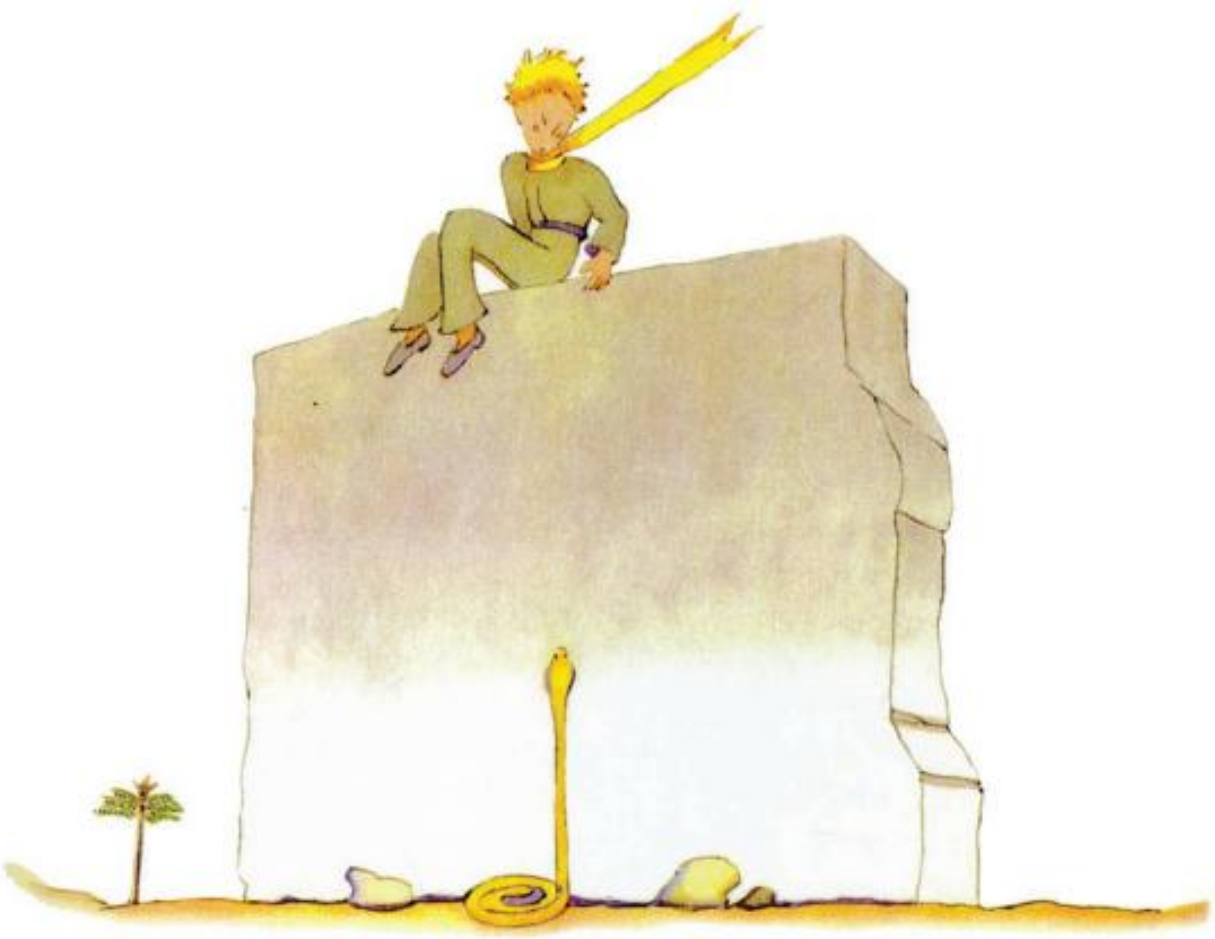
Me encontraba a veinte metros del muro y seguía sin ver nada.

Después de una pausa, el príncipe añadió:

—¿Tienes un buen veneno? ¿Seguro que no me harás sufrir mucho rato?

Me detuve en seco, con el corazón en un puño, pero seguía sin entender.

—Ahora vete… —dijo el príncipe— que quiero bajarme de aquí.



—Ahora vete… —dijo el príncipe— que quiero bajarme de aquí.

En ese momento yo también puse los ojos en la base del muro y pegué un brinco. Allí estaba, erguida frente al príncipe, una de esas serpientes amarillas que te despachan en treinta segundos. Con la mano metida en el bolsillo para sacar el revólver me lancé a por ella, pero con el ruido que hice la serpiente se deslizó suavemente sobre la arena, como un hilo de agua que se pierde, y sin darse gran prisa se escurrió por entre las piedras con un leve susurro de metal.

Llegué al muro justo a tiempo de tomar en mis brazos al bueno de mi príncipe, pálido como la nieve.

—¡Pero qué historia es esta! ¿Ahora hablas con las serpientes?

Deshice el nudo de su perpetua bufanda amarilla. Le humedecí las sienes y le di de beber. No me atreví a preguntarle nada más. Me miró preocupado y me rodeó el cuello con los brazos. Yo sentía latir su corazón como el de un pájaro moribundo tras sufrir un disparo de escopeta. El príncipe me dijo:

—Estoy contento de que hayas encontrado lo que fallaba en tu máquina. Así podrás volver a casa…

—¿Cómo lo has sabido?

Precisamente iba yo a anunciarle que, contra toda esperanza, había conseguido mi propósito.

No respondió a mi pregunta, pero siguió diciendo:

—También yo regreso hoy al planeta donde vivo…

Luego añadió tristemente:

—Está mucho más lejos… es mucho más difícil…

Sentí que sucedía algo extraordinario. Lo apretaba entre mis brazos como a un niño y, sin embargo, me daba la impresión de que se me iba derecho hacia el abismo sin que yo pudiese hacer nada por retenerlo…

Tenía seria la mirada, perdida en el horizonte:

—Tengo tu cordero. Y tengo la caja para el cordero. Y tengo el bozal…

Él sonrió con tristeza.

Esperé un buen rato. Notaba cómo iba poco a poco recobrando el calor:

—Has pasado miedo, muchacho…

¡Por supuesto que había pasado miedo! Pero, riendo, dijo:

—Más miedo pasaré esta noche…

De nuevo sentí que se me helaba la sangre al presentir lo irreparable. Y comprendí que no soportaba la idea de no

volver a oír esa risa, que era para mí como una fuente en el desierto.

—Muchacho, quiero oír tu risa otra vez…

Pero él me dijo:

—Esta noche hará un año. Mi estrella estará justo encima del sitio donde caí el año pasado…

—Muchacho, dime que esta historia de la estrella y de la cita con la serpiente solo es un mal sueño…

Pero no me respondió. Me dijo:

—Lo que es importante, eso no se ve…

—Pues claro…

—Es como con la flor. Si amas a una flor que está en una estrella, es dulce por la noche mirar al cielo. Todas las estrellas han florecido.

—Claro…

—Pasa lo mismo que con el agua. La que me diste a beber era como una música, gracias a la polea y a la soga… ¿Te acuerdas? ¡Qué buena estaba!

—Claro…

—Por la noche mirarás las estrellas. El planeta en el que vivo es demasiado pequeño para poder mostrarte dónde está

la mía. Y mejor que sea así. Mi estrella será para ti una de tantas. Así que te gustará mirar todas las estrellas… Todas serán amigas tuyas. Además, voy a hacerte un regalo…

Y rio de nuevo.

—¡Ay!, muchacho, muchacho, ¡cómo me gusta escuchar esa risa!

—Ese precisamente será mi regalo… será lo mismo que con el agua…

—¿Qué quieres decir?

—Las estrellas no son iguales para todo el mundo. Para los que viajan, las estrellas son guías. Para otros, no son más que lucecitas. Para los que son sabios, son problemas. Para mi hombre de negocios, eran oro. Pero todas esas estrellas son mudas. Solo tú tendrás estrellas que nadie ha tenido nunca…

—¿Qué quieres decir?

—Cuando mires el cielo por la noche, como yo viviré en una de ellas, como yo reiré en una de ellas, para ti será como si todas riesen. Solo tú tendrás estrellas que pueden reír.

Y rio de nuevo.

—Y cuando te consueles (pues todos acabamos por consolarnos), te alegrarás de haberme conocido. Siempre serás mi amigo. Te entrarán ganas de reír conmigo. Y abrirás la ventana para darte ese gusto… Y tus amigos se extrañarán mucho de verte reír mirando al cielo. Entonces les dirás: «Sí, claro, las estrellas me hacen mucha gracia». Y creerán que estás loco. ¡Menuda faena te habré hecho!

Y rio de nuevo.

—Será como si en vez de estrellas te regalase montones de cascabeles que ríen…

Y rio de nuevo. Después, se puso serio:

—Esta noche… ya sabes… no vengas.

—No te dejaré solo.

—Parecerá que estoy enfermo… Parecerá que me voy a morir. La cosa es así. No vengas a verlo, no vale la pena…

—No te dejaré solo.

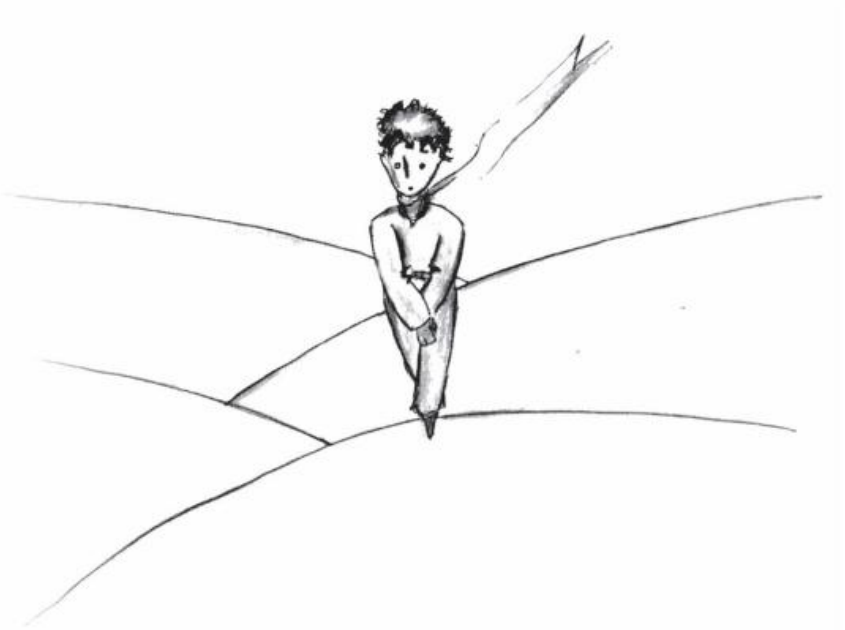
Pero el príncipe parecía preocupado.

—También te lo digo por la serpiente… no quiero que te muerda… las serpientes son malas. A veces muerden por morder…

—No te dejaré solo.

Pero, de pronto, algo le tranquilizó:

—La verdad es que no tienen veneno para morder dos veces…



Aquella noche no le vi ponerse en camino. Había desaparecido sin un ruido. Cuando logré alcanzarle, caminaba decidido, a paso ligero. Me dijo solamente:

—¡Ah! Estás aquí…

Y me tomó de la mano. Pero volvió a afligirse:

—Has hecho mal. Te dará pena. Parecerá que estoy muerto y no será verdad…

No dije nada.

—Ya lo sabes. Está muy lejos. No puedo ir con este cuerpo. Pesa demasiado.

No dije nada.

—Pero después será como una cáscara tirada por ahí. Y las cáscaras no dan pena…

No dije nada.

Se desanimó un poco. Pero hizo un nuevo esfuerzo:

—Será bonito, sabes… También yo miraré las estrellas. Y todas serán pozos con la polea oxidada. Y todas me darán de beber…

No dije nada.

—¡Será muy divertido! Tú tendrás quinientos millones de cascabeles y yo tendré quinientos millones de fuentes…

Y él tampoco dijo nada porque estaba llorando.

—Es allí. Déjame ir a mí solo.

Y se sentó porque tenía miedo. Pero añadió:

—Sabes… mi flor… ¡soy responsable de ella! ¡Y es tan débil! ¡Y es tan inocente! Tiene cuatro espinas insignificantes para protegerse del mundo…

Tuve que sentarme porque no podía tenerme en pie. El príncipe dijo:

—Ya está… Eso es todo…

Todavía dudó un momento, luego se levantó y dio un paso al frente. Yo no podía moverme.

Un destello amarillo brilló junto a su pie. Quedó paralizado un instante. No dio ni un grito. Y cayó suavemente lo mismo que un árbol. Gracias a la arena, ni siquiera hizo ruido.

XXVII

Ya han pasado seis años… Nunca, hasta ahora, había contado esta historia. Los camaradas con los que me encontré se pusieron muy contentos de verme otra vez sano y salvo. Yo estaba triste, pero les decía: «es por el cansancio».

Ahora me he consolado un poco. Es decir… no del todo. Pero estoy seguro de que volvió a su planeta, pues al rayar el día no encontré su cuerpo. No sería un cuerpo tan pesado… Por la noche me gusta escuchar las estrellas. Son como quinientos millones de cascabeles…

Pero entonces ocurre algo raro. Al bozal que dibujé para el príncipe olvidé añadirle una correa de cuero. Le habrá sido imposible ponérselo al cordero. Entonces me pregunto: «¿Qué habrá pasado en su planeta? Seguro que el cordero se ha comido la flor…»

Pero luego me digo: «¡Seguro que no! El príncipe pone la flor todas las noches bajo el fanal de vidrio, y no le quita ojo al cordero…»

Entonces me pongo contento. Y todas las estrellas ríen con dulzura.

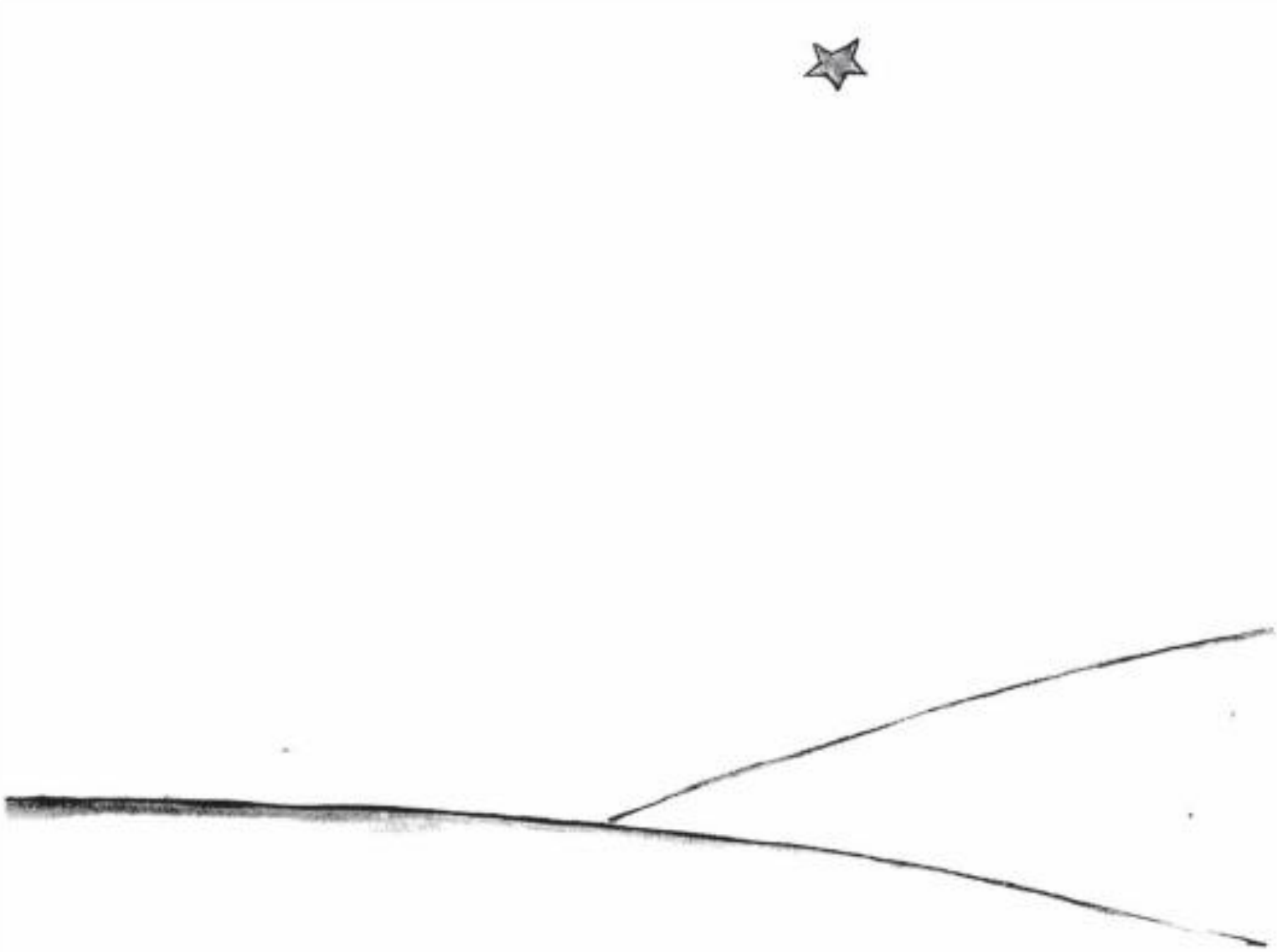
Y cayó suavemente lo mismo que un árbol.

Pero otras veces pienso: «¡Basta con que se distraiga una vez! O que se olvide del fanal una tarde, o que el cordero salga por la noche sin hacer ruido…» Entonces los cascabeles se convierten en lágrimas…

Sin duda es un gran misterio. Para vosotros, que también queréis al príncipe, igual que para mí, nada será lo mismo si en un lugar del universo que no sabemos dónde está, un cordero se comió una rosa o no se la comió…

Mirad al cielo y preguntaos: «¿el cordero se habrá comido la rosa, o no se la habrá comido?» Y veréis como todo cambia…

Y ninguna persona mayor comprenderá jamás que eso sea tan importante.



Este es para mí el más bello y más triste paisaje del mundo. Es el mismo paisaje que el de la página anterior, pero lo he dibujado otra vez para que lo veáis bien. Aquí es donde el príncipe apareció en la Tierra y donde luego desapareció.

Mirad atentamente este paisaje para aseguraros de que lo reconoceréis si algún día viajáis a África, al desierto. Y, si por casualidad pasáis por allí, os suplico que no os apresuréis, que esperéis un poquito, justo debajo de la estrella. Entonces, si se acerca un niño, si ríe, si tiene el cabello dorado, si no responde cuando le preguntan, seguro que adiviináis quién es. ¡Y por favor, sed buenos! No me dejéis así de triste: escribidme enseguida y decidme que ha vuelto…